

Star Wars

El Último de los Jedi

10 — Ajuste de Cuentas

Jude Watson

GUÍA DE PERSONAJES

Los Últimos de los Jedi

Obi-Wan Kenobi: El gran Maestro Jedi, ahora en el exilio en Tatooine.

Ferus Olin: Antiguo Padawan Jedi, una vez aprendiz de Siri Tachi.

Solace: Antiguamente el Caballero Jedi Fy—Tor Ana; se convirtió en cazarrecompensas después de que se estableció el Imperio.

Garen Muln: Debilitado durante largos meses de esconderse tras la Orden 66; reside en la base secreta del asteroide que Ferus Olin ha establecido.

Ry-Gaul: Huyendo desde la Orden 66; encontrado por Solace.

Los Borrados

Una coalición liberal de aquellos que han sido condenados a muerte por el Imperio que renunciaron a sus identidades oficiales y desaparecieron; localizados en Coruscant.

Dexter Jettster: Antiguo dueño del Restaurante de Dex; ha establecido una casa refugio en el Distrito Naranja de Coruscant. Herido en una redada imperial que destruyó el Callejón del Maleante.

Oryon: Antiguo líder de una prominente red de espionaje bothan durante las Guerras Clon; divide su tiempo entre la base secreta del asteroide y el escondite de Dex.

Keets Freely: Antiguo laureado periodista investigador; condenado a muerte por el Imperio, ahora se esconde en la casa refugio de Dex.

Curran Caladian: Antiguo ayudante Senatorial de Svivreni y primo de Tyro Caladian, difunto ayudante Senatorial y amigo de Obi-Wan Kenobi; condenado a muerte debido a su evidente resistencia al establecimiento del Imperio; vive en la casa refugio de Dex.

Cuidadores de la Base

Raina Quill: Renombrado piloto de la lucha del planeta Acherin contra el Imperio.

Toma: Antiguo general y comandante de las fuerzas de resistencia en Acherin.

Los Once

Movimiento de resistencia en el planeta Bellassa; el grupo está empezando a ser conocido a lo largo de todo el Imperio; formado primeramente por once hombres y mujeres pero ha aumentado hasta incluir centenares en la ciudad de Ussa con más apoyo en todo el planeta.

Roan Lands: Uno de los Once originales; amigo y socio de Ferus Olin; asesinado por Darth Vader.

Dona Telamark: Partidaria de los Once; escondió a Ferus Olin en su retiro de la montaña después de escapar de una prisión imperial.

Wil Asani: Uno de los Once originales y ahora su coordinador principal.

Dr. Amie Antin: Prestaba sus servicios médicos al grupo, después se unió; ahora es la segunda al mando.

Amigos

Trever Flume: Compañero de 13 años de Ferus Olin, antiguo niño callejero y operador del mercado negro de Bellassa; ahora un miembro honorario de los Once de Bellassa y un combatiente de la resistencia.

Clive Flax: Espía corporativo convertido en agente doble durante las Guerras Clon; amigo de Ferus y Roan; evadido con Ferus del planeta prisión imperial de Dontamo.

Astri Oddo: Anteriormente Astri Oddo Divinian; divorciada del político Bog Divinian después de que éste se unió con Sano Sauro y la Confederación de Sistemas Independientes durante las Guerras Clon; ahora huyendo, escondiéndose Bog; experta pirata informático especializada en sistemas de código informático.

Lune Oddo Divinian: Hijo de ocho años adepto a la Fuerza de Astri y Bog Divinian

Linna Naltree: Científica que ayudo a escapar a Ry-Gaul de la Orden 66; obligada por los imperiales a trabajar con la malvada científica Jenna Zan Arbor; esposa de Tobin Gantor

Tobin Cantor: Científico y marido de Linna Naltree; obligado por el Imperio a trabajar en un proyecto secreto de armamento avanzado.

CAPÍTULO UNO

Ferus Olin estaba de pie sobre las vastas llanuras del planeta Kayuk y pronunció las palabras que le habían estado rondando desde que había dejado Alderaan.

—Darth Vader es Anakin Skywalker.

Le había llevado días contactar con Obi-Wan Kenobi por el canal de emergencia. Ahora Ferus clavó los ojos en la oscilante holoimagen, esperando a que Obi-Wan reaccionara. La expresión de Obi-Wan permaneció neutral. — ¿Qué te hace pensar eso?

Ferus reunió sus pensamientos para darle una explicación. ¿Por dónde empezar? Ahora que finalmente tenía a Obi-Wan, necesitaba presentarle el conjunto de hechos, conjeturas, e instintos que le habían conducido a esa revelación.

En ese pequeño segundo de pausa, le asaltó una nueva revelación.

— ¡Lo sabías!

Obi-Wan no dijo nada.

Ferus quiso arrojar el comunicador hacia el vasto cielo amarillo. En lugar de eso caminó en círculos, apartando de una patada una piedra por su frustración, un despliegue de un comportamiento extremadamente nada Jedi.

— ¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó cuándo finalmente pudo calmarse lo suficiente para hablar.

—Ferus—

— ¿No crees que podría haber sido de ayuda que lo supiera?

—No veo por qué.

— ¿No ves por qué?

—Ferus —continuó Obi-Wan con la misma voz enloquecedoramente calmada—, piensa en ello. ¿Qué diferencia hay por saber quién era? No queda nada de Anakin. Murió el día que se pasó al Lado Oscuro de la Fuerza. Era mejor para ti no tener esa información. Podría haberte puesto en peligro. Era suficiente con que yo lo supiera.

La forma en la que hablaba Obi-Wan detuvo a Ferus. Obviamente ese dolor seguía formando parte del antiguo Maestro de Anakin. A pesar de los millones de kilómetros entre ellos, la vasta extensión de espacio, Ferus podía sentirlo. Se detuvo a considerar lo que significaba, tener un aprendiz que abandonase todas tus enseñanzas y se volviese hacia el Lado Oscuro.

— ¿Por qué lo hizo? —preguntó él.

—Tengo mis teorías —dijo Obi-Wan gravemente—. No podemos saberlo con seguridad. Creo que Palpatine le ha estado manipulando desde hace algún tiempo. Lentamente. Plantando semillas. Esa es la forma en la que operan los Sith. Y el propio Anakin... —Obi-Wan miró hacia otro lado, contemplando el vasto espacio arenoso de Tatooine—. Tenía tanto talento, era el Elegido... tenía tanto miedo de la pérdida... —Obi-Wan volvió a mirar a Ferus—. Y me tenía a mí como Maestro. Al final, había cosas entre nosotros que ni siquiera sabía que estaban allí. No tengo la respuesta a por qué se pasó al Lado Oscuro. Sólo se puedo hacerme esa pregunta, una y otra vez.

Ferus dejó escapar el aliento. — ¿Hay algo más que me estés ocultando?

—Hay cosas de las que no puedo hablar —dijo Obi-Wan—. Cosas que, tal vez, debería decirte, después de que completes tu misión, después de que dejes el Imperio.

— ¡No soy parte del Imperio!

—Eres un agente doble —dijo Obi-Wan agudamente—. Tienes contacto con los Sith. Con el Emperador. Hasta que dejes su influencia, no estás a salvo.

— ¡No estoy bajo su influencia! —Ferus ladró las palabras, pero le costó un gran esfuerzo no tocar el lugar dentro de su túnica donde guardaba el Holocrón Sith. El Emperador se lo había dado. Hasta ahora no lo había utilizado, pero podía sentirlo en el bolsillo oculto, volviéndose más pesado cada día, quemando contra su piel por la noche. Era difícil leer matices de expresión en una transmisión holográfica. Aun así, Ferus tuvo claro que Obi-Wan estaba preocupado.

—Ferus, es hora de marcharte —dijo Obi-Wan—. Has estado demasiado tiempo. Siento una perturbación en ti. Deja el Imperio y ven a Tatooine. Deberíamos reencontrarnos y discutir qué es lo mejor para ti.

No necesito tu consejo. Mira a dónde te ha llevado. La voz se alzó desde su pecho y fue detenida por sus dientes. Últimamente esta voz había aparecido en él, y él sabía que estaba ligada al Holocrón Sith. No estaba seguro si era la peor parte de sí mismo o algo ajeno a él.

Era como si estuviese dividido en dos. Sentía un anhelo en su corazón de acudir a la llamada de Obi-Wan. De ir y sentarse al lado un Maestro Jedi de nuevo y sentir la calma de su presencia.

Sin embargo algo salvaje en su interior despreciaba esa elección.

De repente tuvo miedo de Obi-Wan. Había demasiados sentimientos que analizar.

—No puedo —dijo él—. Todavía estoy rastreando la lista de posibles seres sensibles a la Fuerza...

—No has encontrado nada. Has investigado a los más prometedores.

—Pero hay más.

Obi-Wan suspiró. —Ferus, los Jedi están muertos o escondidos.

— ¡Estoy tratando de ayudar a los que están vivos!

—Estás tratando de recobrar lo que has perdido —Obi-Wan pronunció las palabras amablemente—. Y deberías saber que es mejor no intentar lo imposible. Ven a Tatooine.

—Quiero luchar, no hablar. Quiero quedarme para poder derrotar a Vader y a Palpatine.

— ¿Crees que Palpatine —Lord Sidious— se cree tu papel de agente doble?

—Es posible que sospeche-

—Lo sabe. Sabe exactamente lo que estás haciendo. La única razón por la que sigues vivo es porque lo sabe. Tiene un plan para ti. Es cualquier cosa menos impaciente. Conspiró durante años para destruirnos. No sé por qué está jugando contigo, pero con toda seguridad está jugando: es la forma de los Sith, poner a los seres unos contra de otros, provocar odios y rivalidades. Créeme, está manipulándote.

—Él no puede corromperme.

—El hecho de que seas tan confiado es parte de su plan. Sabe que dejaste la Orden Jedi. Sabe que quieres ser un Jedi otra vez. Te hablará de la Fuerza, te dirá cómo puedes usarla. Ya te ha hablado de eso, ¿verdad?

—No —dijo Ferus. Un espasmo de dolor le golpeó. Nunca antes le había mentado a Obi-Wan.

—Ven a verme —le urgió Obi-Wan—. Deja el Imperio, tu misión en Alderaan ha concluido.

Ferus sintió la misma confusión otra vez. Un anhelo de escuchar, un anhelo de ir allí. Pero había una marea más fuerte, apartándole de la idea.

—No puedo —dijo él.

CAPÍTULO DOS

Después de llegar a Coruscant, Ferus dejó su crucero en el hangar situado cerca del Distrito Naranja, el que usaban aquellos que no querían pasar por los procedimientos oficiales de control. Era un oscuro agujero frío y húmedo de un hangar, pero todo el mundo miraba hacia otro lado cuando llegabas. Ferus mantuvo la capucha sobre la cara mientras descendía en el tubo elevador tan lejos como le llevase, después recorrió caminado la distancia restante hasta el Distrito Naranja.

Tenías que conocer el camino hasta el Distrito Naranja para llegar allí. Si tropezabas por accidente, era muy probable que hubieses girado sin darte cuenta y fueses en la dirección opuesta. El lugar estaba lleno de farolas ajustadas al nivel más tenue, retorcidos callejones, rampas desmoronadas, turbios cafés, y seres de toda la galaxia intentando permanecer perdidos.

Era un lugar perfecto para una reunión secreta.

Sin embargo, tuvieron que revolver un poco para encontrar un sitio. La casa refugio de Dexter Jettster había sido asaltada por el Imperio. Todos los edificios del Callejón del Maleante habían sido demolidos. Ferus había creído brevemente que todo el mundo había perecido, pero Keets había avisado a Oryon que él, Curran, y Dex estaban a salvo y ocultos.

Eso fue un alivio. Pero Astri y Clive todavía seguían desaparecidos. Keets dijo que habían ido a comprobar algo sobre una cuenta en Niro 11, y no habían tenido noticias suyas desde entonces. Ferus estaba preocupado por sus amigos. En el corto tiempo que había estado actuando como agente doble, había visto como se alzaba el Imperio. Había visto su cruel eficiencia, había visto lo efectivas que eran sus comunicaciones, lo estrecha que era su estructura de poder. Y parecía que Darth Vader estaba en todas partes. Ejecutaba órdenes, amenazaba, y llevaba el poder del Imperio a aquellos que lo desafiaran.

Ferus tenía serios problemas reconciliando al Anakin que él había conocido con esa aterradora figura. Él había tenido sus problemas con Anakin, pero habían sido las insignificantes rivalidades de dos niños. Había visto algo oscuro en él, pero nunca había considerado que esa fuese el tipo de oscuridad que se tragaría toda la bondad de Anakin.

Había pensado durante mucho tiempo que si podía descubrir la auténtica identidad de Vader, podría usarla para derrotarle.

Ahora no estaba seguro.

Los recuerdos de Anakin no eran todos malos. Nunca habían sido amigos, pero muchas veces habían trabajado muy bien juntos. Él había admirado a Anakin. Era imposible no hacerlo. Anakin había sido el Padawan al que todos querían parecerse. Él había tenido amigos cercanos, Tru Veld y Darra Thel-Tanis. ¿Cómo podía haberse convertido en Vader? ¿Cómo podía haber dejado atrás tanta bondad?

Ferus encontró su camino a través de los callejones del Distrito Naranja. Oryon había establecido la reunión usando un viejo contacto de las Guerras Clon. Podían usar la parte de atrás de su tienda, pero sólo si nunca volvían. Ferus encontró la pequeña y destartada estructura en una de las calles laterales que salían de la rampa principal. Entró y le dijo al dueño que estaba buscando partes para un viejo droide CZ. El dueño ni siquiera alzó la vista, pero señaló la parte trasera con su pulgar. Ferus sabía que el hombre evitaría deliberadamente mirar cualquiera de las caras de aquellos que venían a la reunión. Era mejor no saber.

Ferus atravesó una maltrecha puerta de duracero. Oryon dio un paso adelante para saludarle. Trever estaba detrás de él, el alivio inundó su cara. Ferus avanzó y pasó un brazo alrededor de sus hombros.

—Sólo te pedí que vigilaras —dijo él—. No que hicieses el trabajo.

Trever se puso cabizbajo. Ferus podía haberse dado de cabezazos. Lo había dicho de broma. La verdad era que estaba orgulloso de Trever. Le había pedido que determinara dónde vivía Jenna Zan Arbor y la extensión de su seguridad. Trever había hecho eso y más. Él y Ry-Gaul habían rescatado a Linna Naltree, la científica que se había visto obligada a trabajar con Zan Arbor en su droga de memoria.

Ahora quería decirle no sólo la frase apropiada, sino la perfecta. Trever había entrado en su vida como una tormenta eléctrica, imprevisible e intensa. Había perdido a toda su familia, y aunque se había convertido en un ladrón callejero y un convicto, también se había convertido en un héroe. Sólo que aun no lo sabía.

—Siempre me sorprendes —dijo Ferus—, haciendo más de lo que te pido, más de lo que imagino que alguien podría hacer. Dependo de ti para eso.

Pudo ver que sus palabras complacieron a Trever.

—Ojalá hubieses podido estar allí —dijo el niño—. Ry-Gaul no rebosa conversación precisamente.

Ferus sonrió. —Es más hablador de lo que solía ser.

Ry-Gaul dijo desde el otro lado de la habitación —La mayoría de la gente habla demasiado.

Trever sacudió la cabeza. —Tengo que recordar eso de la escucha Jedi.

Ry-Gaul fue hacia ellos. Ferus se fijó que había afecto así como diversión en sus ojos cuando miraba a Trever. Ferus no había visto esa mirada desde que Ry-Gaul tuvo un aprendiz, Tru Veld.

—Quería daros las gracias por rescatar a Linna Naltree —le dijo Ferus—. Siempre lamenté tener que dejarla con Zan Arbor.

—Ahora está a salvo —dijo Ry-Gaul—. Entregué los datos del agente de memoria a Malory Lands para que los estudiara. Creo que deberíamos destruirlos después de que los revise. Sería peligroso si cayese en malas manos.

—Estoy de acuerdo.

—Ese día cuando rescatamos a Linna... —Ry-Gaul vaciló—. Es meramente una sensación, pero Vader parecía muy interesado en obtener agente. Fue más que presionarla por un arma que podría usar el Imperio, parecía... algo personal.

Eso era interesante, pensó Ferus. ¿Qué podría haber hecho Anakin que quería olvidar tan desesperadamente? ¿Estaba relacionado con la razón por la que se convirtió en un Sith?

Justo entonces aparecieron Keets y Curran. Todo el mundo se alegraba de verles. Habían escapado por los pelos de la muerte o de ser capturados por el Imperio.

—¿Cómo está Dex? —dijo Trever, haciendo la pregunta que estaba en la mente de todos.

—Recuperándose —dijo Curran, pasando pequeñas y delicadas manos sobre su cara peluda—. Le impactó un rayo láser, y nos llevó un tiempo encontrarle un lugar seguro en el que tratarle. Malory ha venido todos los días, y él está haciendo un progreso increíble.

—Ya está pidiendo a gritos hamburguesas de bantha. —informó Keets.

Ferus le hizo un gesto con la cabeza a Keets para sacarlo del barullo.

—¿Recuerdas a un Jedi llamado Anakin Skywalker? —preguntó. Antes de retirarse y pasar a formar parte de los Borrados, Keets había sido un periodista político especializado en escándalos. Sabía más secretos que nadie sobre Ciudad Galáctica.

—Por supuesto. El gran héroe de las Guerras Clon —dijo Keets—. Derrotó al Conde Dooku.

— ¿Alguna vez escuchaste algún... bueno, algún rumor sobre él? ¿Sobre su vida personal?

Bueno, claro. El Senado era mi ritmo, y es un lugar muy pequeño a pesar de ser gigantesco. Se hablaba sobre él y la Senadora Amidala.

— ¿Padmé Amidala? —Ferus estaba sorprendido. Pero realmente no debería haberlo estado. Ahora sabía porque Obi-Wan le había enviado a Naboo.

—Incluso oí rumores de un matrimonio secreto, pero no puedo confirmar eso. No escurbaba en las vidas personales de los senadores, y siempre me gustó la Senadora Amidala. Ella tenía principios.

—La versión oficial es que los Jedi la mataron, pero eso no puede ser cierto.

—Yo tampoco lo creo. Pero no sé cómo murió. Fue al final de la guerra, cuándo todo era más confuso.

—Deberíamos hablar sobre el próximo paso para Golpe Lunar —dijo Oryon para el grupo—. No podemos quedarnos aquí mucho tiempo.

—Antes de que iniciemos la reunión... —dijo Keets. Él y Curran intercambiaron una mirada—. Tenemos algo que decir. Hemos hablado con Dex. Los tres hemos decidido retirarnos de Golpe Lunar. Desde que comenzamos a trabajar juntos en la resistencia las cosas han cambiado. Todos creemos que lo mejor es pasar a la clandestinidad ahora y esperar a que aparezca un movimiento de resistencia más organizado.

— ¿Pero no queréis ser parte de eso? —preguntó Oryon.

Keets asintió. —Por supuesto. Pero ahora mismo sólo os pondríamos en peligro si nos quedamos. Está claro que el Imperio sabía exactamente lo que estaba golpeando en ese ataque. Hemos conseguido pasar desapercibidos para proteger la pequeña organización que tenemos.

—Siempre estamos disponibles para ayudar —dijo Curran—. Pero vamos a buscar un nuevo lugar para vivir en los subniveles.

Los demás intercambiaron miradas. Ferus sabía que todos ellos pensaban lo mismo. Nunca habían esperado esto. ¿Era esto el principio de un fin que no podían ver?

Keets y Curran se marcharon en silencio.

—Golpe Lunar todavía puede seguir adelante —dijo Oryon—. Ganamos tres nuevos miembros mientras estabas en Alderaan, Ferus. Y Flame está empezando a reclutar algunas corporaciones. Tuvo una reunión con los científicos de Samaria y Rosha. Están deseando reunirse e intercambiar sus tecnologías para crear ese superdroide del que hablasteis en Samaria.

—Están pasando un montón de cosas buenas —dijo Trever—. Sólo que es difícil sentirse bien cuando Dex, Keets y Curran no son parte de ello.

—Todavía necesitamos un lugar para la reunión —continuó Oryon—. No hemos conseguido ponernos de acuerdo.

No dijo más que eso. Pero Ferus sabía lo que quería.

El éxito de la primera reunión de Golpe Lunar ahora recaía sobre él. Él tenía un lugar seguro —la base secreta en el asteroide. Casi había acabado con la lista de seres sensibles a la Fuerza. No había tenido ningún éxito localizando a más Jedi.

Permaneció de pie. —De acuerdo. Contacta con los demás. Diles que tenemos un lugar seguro donde reunirnos. Ofréceles escoltas Jedi. Si dividimos el grupo en tres equipos, Solace, Ry-Gaul y yo podemos llevarles al asteroide. Nadie excepto nosotros sabrá dónde van. Una vez que tengamos todo dispuesto, mantendremos silencio en las comunicaciones hasta que lleguemos allí.

Oryon asintió. —Es un buen plan. Todo lo que necesitamos son naves.

—Flame puede ayudarnos con eso —dijo Trever.

—Está esperando nuestra señal —dijo Oryon—. Dejadme ver si puedo conseguir una transmisión holográfica.

Oryon llamó a Flame, y en un momento ella apareció en modo holográfico en miniatura. Ferus le dijo rápidamente que había accedido a dejar que la primera reunión de Golpe Lunar fuera en su base secreta.

—Necesitamos naves —dijo Oryon—. Rápidas.

—Flame asintió. —Os conseguiré naves.

—No son sólo las naves —señaló Ferus—. Tendrán que estar registradas. Tenemos que pasar a través de controles imperiales. Con tres naves recogiendo a tantos seres, las probabilidades de evitar los controles imperiales no son buenas.

Flame pensó un momento. Entonces sonrió.

—Tengo una idea —dijo ella.

CAPÍTULO TRES

Darth Vader dejó el hangar Imperial y caminó hasta las Torres República. Había estado fuera más tiempo de lo que hubiese querido, y Zan Arbor había ignorado sus mensajes. Una vez que tuviera el agente de memoria, la metería en una prisión imperial y a ver si eso le gustaba.

Las cosas en Alderaan no habían ido bien. El Emperador no estaba contento con su actuación. El Imperio había quedado como un idiota cuando las armas que Vader había colocado habían desaparecido. El Emperador había sugerido que después de que Ferus Olin terminase con su misión, sería asignado a Vader. ¡Imposible! Él no lo aceptaría. Encontraría la manera de evitarlo.

Sabía que su Maestro estaba probándole. Si pudiese deshacerse de sus recuerdos, sería más fuerte. Si Padmé no seguía visitándole cada noche en sus sueños, podría descansar.

Se detuvo en el vestíbulo. El conserje temblaba visiblemente cuando se acercó.

— ¿Puedo ayudarle, Lord Vader? —preguntó el conserje.

— ¿Se encuentra Jenna Zan Arbor en casa?

Sí, señor. Digo, Lord. Digo, sí, ella no ha salido. Acepta entregas de comida. Contactaré con ella y le anunciaré—

—No. Simplemente desactive la seguridad. Voy a subir.

Entró en el turboascensor. Podía oír el sonido rasposo de su respiración mientras el ascensor subía. Pronto tendría paz. Zan Arbor era una vanidosa bruja, indignante y pomposa, pero también era brillante. Ella le salvaría. Y entonces él la metería en prisión.

El turboascensor se abrió, y él se dirigió hacia sus dependencias. El conserje había desactivado la cerradura. Vader abrió la puerta.

Ella estaba sentada en el sofá, frente a las ventanas que iban del suelo al techo. Fuera, el tráfico destellaba en las abarrotadas vías espaciales de Ciudad Imperial. Ella no se giró. La mesa que había frente a ella estaba repleta de teteras y tazas de té. El té había rebosado y se había derramado por el suelo.

—Ha ignorado mis mensajes.

Siguió sin darse la vuelta. Extraño.

Él se acercó. La rodeó para poder verla de frente.

Sus labios se movían. Ella no se volvió para mirarle. Estaba hablando para sí misma.

—La fórmula para la toxina derivada del C-Tantium es... es... lo supe una vez, o creo que lo sabía... nací en Moseum, recuerdo eso... no recuerdo cuándo vine aquí... Tengo cuentas en el banco, en alguna parte... tengo que recordar dónde, tengo que... —se golpeó la cabeza varias veces—. El sistema de liberación de toxinas en el agua es... Una vez tuve un traje de noche de septoseda que todo el mundo admiraba...

Se lanzó hacia la mesa y bebió de una taza de té. —Mi té favorito era el tarine —tomó otro sorbo—. No, era el hannite. No. Bayarroja en flor...

— ¿Qué está haciendo? —rugió Vader.

Ella le miró por primera vez. — ¿Te conozco? Te conozco, ¿verdad? —alzó las manos de forma inocente—. No puedo recordar las cosas. Pero si pienso con mucha, mucha fuerza podría... ¿recuerdas mi traje de noche de septoseda? ¿Puedes decirme de qué color era?

Horrorizado, Vader se dio media vuelta. Corrió a su dormitorio. Su datapad había desaparecido, todos sus archivos, sus registros.

Permaneció en medio de la habitación y sintió crecer su furia.

Olin estaba detrás de esto.

Su última oportunidad de obtener paz había desaparecido.

Padmé estaría siempre con él. El recuerdo de su suavidad, de sus sonrisas, de su horror mientras él la sujetaba con su mente, ahogándola, queriendo verla inerte, queriendo enseñárselo, queriendo hacerla pagar por su deslealtad...

A su alrededor, las paredes comenzaron a resquebrajarse.

CAPÍTULO CUATRO

Ya llevaban atrapados dos días, y a la mañana del tercero supieron que si no salían de allí morirían.

Clive y Astri habían racionado la comida y el agua pero no habían tenido mucho para empezar. Habían intentado todo lo que sabían para escapar del pequeño cuarto oculto de la gran hacienda en Revery, pero seguían atrapados. Clive había encontrado finalmente un cerrojo que no podía hacer saltar.

Podía ver que Astri se estaba debilitando. Había intentado darle algunas de sus proteínas y algo de agua, pero ella se había puesto furiosa con él. Ella estaba sentada con la cabeza apoyada contra la pared. Ahora trataban de conservar la energía.

—Lo que realmente me fastidia es que todavía no lo sabemos —dijo ella. Su voz crujía por la sequedad—. Si voy a morir en un pequeño cubo blanco, realmente me gustaría saber por qué.

—No vas a morir.

Ella volvió su cara hacia él. —No tienes miedo.

—Todavía no, sólo estoy cabreado. Con quienquiera que diseñase este aparato. ¿Por qué querrían que los intrusos se muriesen de hambre?

Astri se encogió de hombros. —Estamos en una región apartada. Si colocas alarmas, seguridad tardaría demasiado en llegar hasta aquí. Si éste es el lugar de Eve Yarrow, ella no querrá que se sepa que es suyo, así que no confía en nadie.

—Espera un momento —dijo Clive—. Estamos asumiendo que es una trampa. ¿Y si no lo es?

—¿Entonces qué es? —preguntó Astri.

—Un lugar para que Eve se esconda —sugirió Clive.

—¿Esconderse de quién?

—De cualquiera. Si estoy en lo cierto acerca de ella, está jugando a un juego peligroso. Si alguien viene a buscarla, ella se esconde aquí, esperando que se vaya.

—De acuerdo —dijo Astri—. ¿Pero cómo nos ayuda eso? Seguimos atrapados.

—Eso significa que hay una forma de salir.

—Hemos inspeccionado cada centímetro de este lugar. Las paredes son sólidas. El techo es de piedra... —la voz de Astri se desvaneció. De repente golpeó el suelo con una mano.

—Exacto —dijo Clive suavemente—. Para alguna estúpida razón, no revisamos el suelo.

Ambos se pusieron de rodillas y se movieron sobre el suelo, piedra por piedra, golpeando cada uno, probándolas, meneándolas. Nada parecía fuera de lugar.

Astri se sentó en mitad del suelo, con la cabeza en las manos. —Si fuera yo, querría un indicio —dijo ella—. Hay muchas piedras en este suelo... espera un momento. ¿Recuerdas cómo entramos?

—Viste una pintura y la inclinaste, y el holograma envió un rayo de luz a la cerradura. Presto, estuvimos encerrados.

Astri cerró los ojos, tratando de recordar el proceso. Revivió la escena en su mente. Ella había inclinado la pintura, la puerta se había abierto, ella había entrado...

El rayo había entrado en la pequeña habitación mientras ella entraba. Había estado inclinado en un ángulo hacia el suelo...

Astri se movió hacia delante. Colocó su mano en una roca, lisa y gris como todas las demás —Ésta.

Sería fácil hacerlo, pensó ella. Habría un mecanismo en alguna parte...

Pasó los dedos alrededor de la roca, a lo largo del mortero que la mantenía en su sitio. Había un borde dentado en un lado que encajaba limpiamente en el mortero. Presionó el borde. Nada. Metió los dedos por debajo y encontró algo. Un sensor en miniatura, gris como la roca e incrustado en ella. Lo presionó.

La roca se alzó. Se quedó flotando en el aire, sostenida por un chorro invisible de aire.

—Estrellas y planetas, lo hiciste —dijo Clive.

Astri metió la mano en el agujero que había creado la roca flotante. Cogió un pequeño control que cabía en la palma de su mano. Lo alzó ante Clive. —Ésta es su vía de escape.

—Ten cuidado —probablemente tiene alguna clase de trampa —dijo Clive—. Si otra persona lo usa, podría fundir la cerradura.

Ella se lo dio a él. —Ese es tu departamento.

Clive metió la mano en su cinturón de utilidades. Sentado con las piernas cruzadas en el suelo, sacó una pequeña herramienta y la introdujo en el control—. Ella probablemente tiene un código especial... el cual voy a tener que soslayar —dijo él, trabajando cuidadosamente. Astri sólo podía ver la parte superior de su oscura cabeza.

—He pasado por encima del sistema inicial —murmuró él—. Reinstalo mi propio código directamente... vale, probemos esto.

—¿Qué pasa si no funciona?

Clive se encogió de hombros. —Seguiremos atrapados. O...

—¿O?

—No lo sé. ¿Se libera un gas venenoso?

—¿Tenías que mencionarlo?

Sonriendo, con la cara cubierta de sudor, Clive se volvió y pulsó los números. Escucharon un clic, y la puerta se abrió.

—Eres un genio —dijo Astri, abrazándole.

—Ya era hora de que lo reconocieras —dijo él en sus rizos.

Ella se echó para atrás, avergonzada. Salieron juntos después de que Clive hubiese colocado en su sitio el sensor y la piedra. Seguían sin querer dejar ninguna prueba de su presencia.

—Bien, el siguiente paso es obvio —dijo Clive—. Asalto al refrigerador.

—Sí, necesitamos comida y agua —dijo Astri—. Pero después, yo...

Se detuvo bruscamente. Ambos lo habían oído. Alguien estaba en la puerta trasera.

Clive agarró su brazo y tiró de ella por el pasillo justo cuando se abría la puerta. Estaban corriendo hacia las escaleras cuando oyeron una voz detrás de ellos.

—Hay un desintegrador apuntándoos. Deteneos.

—Detenerse parece una buena idea —le dijo Clive a Astri.

—Daos la vuelta.

Cruzaron la mirada con una curiosa criatura —pequeña, de huesos finos, con una piel verde pálido y tentáculos envueltos alrededor de su cabeza como un turbante. En el instante que tardó en evaluarla, Clive decidió que sería una mala idea intentar desarmarla.

—¿Os importa decirme qué estáis haciendo aquí? —preguntó ella.

—Somos amigos de la dueña —dijo Clive—. Eve nos pidió que viniésemos. ¿No se lo dijo?

— ¿Te parece que me he criado en Tontolandia?

Clive sacudió su cabeza lentamente. —Definitivamente no. Yo te situaría en Tierra de Listos, cualquier día de la semana.

Ella agitó el desintegrador impacientemente. ¿Qué estáis buscando?

Astri decidió que podían contarle una verdad parcial. Ella podía ver por la simple indumentaria de sirviente, extensamente remendada, y por sus viejas botas que no debían de pagarla muy bien por ser la cuidadora de la casa.

—Creemos que Eve Yarrow podría estar tratando de lastimar a nuestros amigos —dijo Astri—. Así que nos colamos, buscando información.

—Si nos dejáis ir, haremos que te valga la pena —añadió Clive. La cuidadora no había intentado defender a Eve Yarrow. Eso le dijo todo lo que necesitaba saber.

La cuidadora bajó su desintegrador —Bueno, ¿por qué no lo dijisteis antes? No soy amiga del Imperio.

El alivio recorrió a Clive de arriba abajo. No tenían un descanso como este muy a menudo.

—Soy sólo una empleada —dijo ella—. Con tal de que no me llenéis el suelo de barro, no me importa. Sólo he venido para preparar la casa para una visita.

— ¿Viene ella?

—Eso dijo. Y tendrá una visita —la cuidadora miró hacia el monitor de seguridad—. Parece que acaba de llegar.

— ¿Sabes quién es? —preguntó Astri.

—Velo por ti misma —la cuidadora señaló al monitor. La carlinga de la cabina estaba abierta y una figura alta vestida de negro se alejaba a grandes pasos de un lustroso crucero.

Darth Vader.

—Creo que podemos decir —dijo Clive tragando—, que Eve Yarrow está trabajando con el Imperio.

—Hay una puerta en la cocina que conduce a un callejón de servicio —dijo la cuidadora—. Si os marcháis ahora, podéis subir por un camino trasero hasta al acantilado. No se puede ver desde la casa.

Clive y Astri intercambiaron una mirada. Ésta era su oportunidad para encontrar finalmente lo que estaban buscando.

—Nos quedamos —dijo Astri.

CAPÍTULO CINCO

Las luces láser brillaban intermitentemente a través de la penumbra de una tarde lluviosa: CONVENCIÓN GALÁCTICA DE FABRICANTES DE NAVES DE LUJO.

La convención era famosa entre la élite de la galaxia, una exhibición anual que mostraba prototipos y nuevos modelos de transportes personales. Los modelos de lujo podían encargarse antes de que llegasen a las salas de exhibición, y los más ricos competían por ver quién podía conseguir primero las naves fantásticamente caras.

Flame se reunió con Solace, Trever y Ry-Gaul en la entrada VIP. Ferus se reuniría con ellos en el hangar. Ahora que era un espía, era mejor que no llamase la atención. Flame repartió etiquetas de identidad. —Esto os dará acceso a todas las áreas restringidas —les dijo ella—. Podemos despegar desde el hangar. Los vendedores tienen autorización para validar los registros temporales de las naves en el acto.

—Pero todavía tendremos que pasar las comprobaciones de antecedentes ¿verdad? —preguntó Trever.

—Pasarán por alto las comprobaciones con los incentivos adecuados —contestó Flame—. La galaxia no ha cambiado tanto... aún. Los ricos consiguen lo que quieren. Simplemente seguidme el juego. Ya he revisado las exhibiciones, y he escogido nuestros nuevos transportes.

Colocaron sus etiquetas de identidad en sus túnicas y entraron en el vasto espacio. Trever tragó. No sabía por dónde empezar. Cada marca de lujo estaba allí, y sus ojos fueron deslumbrados por cascos de cromo, ventanales irisados y pintura láser. El casco de las cabinas y las puertas de embarque estaban abiertas de par en par y dejaban entrever lujosa tapicería en espacios suntuosos y cabinas con los controles de dirección y propulsión de primerísima calidad. Después estaban los niveles de observación con asientos distribuidos a diferentes alturas y la siguiente generación de droides de servicio, droides domésticos y droides de protocolo. Dio una vuelta completa, abrumado.

—Céntrate, niño —le dijo Flame con una sonrisa—. Tenemos trabajo que hacer.

Flame les condujo a través de la convención. La mayor parte de los asistentes estaban vestidos con las capas opulentas y los altos tocados que se estaban convirtiendo rápidamente en la marca de estilo elevado para los ricos de la galaxia. Se abrieron paso entre la multitud alineada para subir a bordo de los modelos más nuevos, hasta una esquina donde un distribuidor más pequeño se había establecido. SISTEMAS SLEEKER: LA MÁS ALTA CALIDAD, EL SERVICIO MÁS PERSONAL, rezaba el mensaje publicitario del distribuidor.

Flame llevó a su grupo más cerca. —Investigué esta compañía. Son nuevos y no son grandes, pero tienen tecnología de primera, y están tratando de abrirse paso en el mercado arrinconados por los peces gordos. Estarán más que dispuestos a hacer un trato. Ya he establecido la cita. Dije que éramos una pequeña compañía con oficinas en diferentes planetas del núcleo. Necesitamos algunas naves rápidas de lujo.

Se acercaron al vendedor, un pequeño joven, impecablemente vestido con una túnica oscura de buen corte. Su pelo estaba cuidadosamente estilizado en puntos alrededor de su cabeza. Trever vio el ansia en sus ojos mientras se acercaban. Claramente esperaba una venta grande.

Flame explicó brevemente quiénes eran y lo que necesitaban. El vendedor entendió su brazo para indicar los prototipos detrás de él. —Son bienvenidos a subir a

bordo y echar un vistazo. Siéntense en el asiento del piloto de estos bebés. Les garantizo que voy a tener que extraerlos de allí con un servomotor. Tenemos las especificaciones de sistema más altas del negocio. Hipermotores en todos los modelos, motores iónicos gemelos. ¿Pero escatimamos en lujo? No señor. Cuero corelliano y asientos confortables, los niveles de lujo más altos de la industria.

Trever no necesitaba que le apremiasen. Subió por la rampa a grandes zancadas y se deslizó en el asiento del piloto. Revisó la consola. Dulce. Energía principal, dispositivos de navegación de pantalla completa, y gran visibilidad.

Ry-Gaul se metió en el pozo del motor. Solace se agachó para examinar la parte inferior de la consola. —Podría instalar algunos cañones láser sin muchos problemas —murmuró ella—. Pero llevaría demasiado tiempo. Lo mejor que podemos hacer es confiar en lo que tienen y volar rápido.

Trever miró por el ventanal. Flame estaba hablando con el vendedor. Él estaba sacudiendo la cabeza. No iba bien.

—Parece que le vendría bien algo de ayuda —le dijo a Solace.

Solace y Ry-Gaul descendieron por la rampa. Trever fue detrás de ellos.

Justo cuando surgieron, el vendedor sacudía la cabeza a través de una amplia sonrisa. —Me encantaría ayudarles. Me encantaría acomodarles. No puedo. Necesito los prototipos aquí para vender. Pueden entender eso, ¿verdad? No puedo vender las naves si el público no puede verlas, ¿estoy en lo cierto? Puedo conseguirles naves en dos semanas. Un mes, como mucho.

—Pero se lo estoy diciendo, si podemos comprar dos naves hoy, estoy autorizada para hacer un pedido muy grande —dijo Flame—. Cuando regresemos, si nos gustan. Quince, como mínimo. Tal vez veinte. Y después de todo, tenemos que ver cómo maniobran las naves.

—Tenemos un simulador de vuelo aquí mismo —dijo el vendedor.

Ry-Gaul se adelantó y ondeó su mano en el aire. —Pero parecemos de confianza, así que adelante.

—Pero parecen de confianza, así que adelante —dijo él.

—Necesitarán los registros de las naves —dijo Solace—. Los validaré.

—Necesitarán los registros. Será mejor que los valide.

El vendedor desapareció dentro de su oficina temporal.

—Hasta ahora, todo bien —murmuró Flame—. Podremos despegar desde el hangar.

—El peligro surgirá después de que partamos —dijo Solace—. Tendrá que explicarle a su jefe por qué dejó marchar los prototipos. Tenemos que esperar que no rescindan esos registros.

—O que el Imperio no los revise detenidamente —dijo Ry-Gaul.

El vendedor salió de la oficina con las manos llenas de duraláminas. —La transferencia de crédito fue aprobada, así es que pueden partir. Éstas son sus copias, y las naves han sido codificadas con sus números de registro. Solicité un registro temporal, y fue aprobado. Así que todo lo que tienen que hacer es registrarse en su planeta natal cuando lleguen. Tienen autorización para volar hasta allí por una ruta directa, pero no fuera del Núcleo. Así que nada de viajes de placer, ja ja. Ha sido estupendo hacer negocios con ustedes. Usen el modo manual para salir del hangar. Tienen permiso para despegar.

—Gracias —dijo Flame, poniendo su sonrisa más encantadora—. Es un gran vendedor.

— ¡Dígaselo a mi jefe!

— ¡Lo haré!

Agitando su mano alegremente por última vez, Flame se dirigió hacia las naves.

Solace se deslizó en el asiento del piloto de una, Ry-Gaul en la otra. Trever y Flame subieron a bordo como pasajeros en la nave de Solace.

El hangar estaba al lado de los cruceros. Encendieron los motores y avanzaron. El control de seguridad estaba delante.

—Hay guardias imperiales en el control de seguridad —observó Solace.

—Está bien —dijo Flame—. Están ahí sólo para dar una imagen. No van a detener a los seres más ricos de la galaxia.

Trever sintió su corazón martilleando contra su pecho.

Los oficiales les indicaron que continuaran.

Ry-Gaul salió disparado hacia las vías espaciales. Solace le siguió. Todos ellos respiraron con más facilidad cuando dejaron atrás el centro de convenciones.

Volaron por las vías espaciales y descendieron cientos de niveles hacia el hangar cerca del Distrito Naranja. Solace asintió con aprobación mientras la nave maniobraba entre el tráfico. —Buena sensación en el timón —dijo ella.

En el hangar, aterrizaron las naves y desembarcaron. Ferus estaba esperando. Él silbó cuando vio lo que habían traído.

—Tú sí que sabes escoger un transporte —le dijo a Flame con admiración.

Ahora, junto con el crucero ultraligero de Flame, tenían tres naves rápidas.

—Dejar el Núcleo con un registro temporal es una infracción menor —dijo Flame—. Pero deberíamos intentar evitar paradas innecesarias.

—Cada nave puede transportar alrededor de treinta pasajeros —dijo Solace—. Hemos dividido a los líderes de la resistencia en grupos de tres. La mayor parte de ellos pueden salir de sus mundos hasta localizaciones centrales. Tenemos sesenta líderes, así que tenemos bastante espacio.

Cada uno de ellos tomó un tercio de la lista. Ferus comprobó la suya. Él sólo tenía que detenerse dos veces en el Núcleo antes de dirigirse al asteroide. Parecía un pedazo de pastel juju. Pero cualquier cosa podía salir mal.

Los tres Jedi se dividieron para ir cada uno en una nave. Ry-Gaul se ofreció para viajar con Flame en su crucero. Ellos tenían que hacer la mayor parte de las paradas. Trever iba con Ferus.

—Desde este momento, mantendremos silencio en las comunicaciones —dijo Ferus—. Cualquier transmisión de emergencia deberá dirigirse a Toma en la base. Que la Fuerza nos acompañe.

CAPÍTULO SEIS

Era como en los viejos tiempos, pensó Trever. Él y Ferus atravesando juntos la galaxia, evitando al Imperio. Hasta ahora, no se habían topado con ningún problema. Permanecían en el Núcleo, y sus registros estaban pasando cada control Imperial. Su nave estaba llena de pasajeros ansiosos por llegar al lugar de reunión.

Las cosas no habían ido tan bien en siglos.

—No te confíes demasiado —le dijo Ferus en un tono bajo—. Todavía nos queda un largo camino que recorrer.

Era definitivamente bueno ver a Wil otra vez. Wil consiguió salir de Bellassa y llegar a la cercana estación de Telepan. Fue el último en subir a bordo, golpeando a Ferus en el hombro con gran afecto. Wil y Ferus habían estado entre los Once originales, el afamado grupo de resistencia en Bellassa que ahora se contaba en miles.

—¿Amie no quiso venir contigo? —preguntó Ferus.

—La dejé al mando en Ussa —dijo Wil—. La echaré de menos, pero tenemos algunas operaciones en marcha que necesitan de su experiencia.

Los líderes de la resistencia permanecieron en el salón de lujo, con las cabezas juntas mientras hablaban de estrategias y planes. Trever permaneció en la cabina con Ferus. Notó un cambio en él. Incluso a través del peligro y el caos, Ferus había mantenido su sentido del humor. Pero ahora había una mueca siniestra en su boca, y a menudo su mirada estaba en otra parte. ¿Era su pena por la pérdida de su socio, Roan, o pasaba algo más? Trever no podía adivinarlo. Por primera vez desde que había conocido a Ferus, le dio miedo desafiarle. Una sombra oscura colgaba sobre él como un abrigo viejo. Trever deseó que Ferus se la quitase de encima.

—Entonces —intentó Trever—, ¿cómo va el negocio de espía estos días? ¿Vas a dejarlo pronto?

Ferus apretó los dientes. —Ese es el plan.

—Bien, ¿a qué estás esperando? —preguntó Trever—. Has investigado a todos los sensibles a la Fuerza y no has encontrado ningún Jedi, ¿verdad? Parece que es hora de largarse.

Algo en Ferus se cerró. Trever no tenía que ser sensible a la Fuerza para sentirlo.

—No es tan simple —masculló Ferus—. Hora de saltar al hiperespacio —tecleó las coordenadas de salto.

De repente la luz de alarma de los sistemas en la consola comenzó a parpadear.

Ferus se inclinó hacia adelante. —¿Qué es esto? El hipermotor muestra un funcionamiento defectuoso.

—Es completamente nuevo —dijo Trever—. Tal vez es sólo el indicador. Haré una comprobación de sistemas —un momento más tarde informó del problema—. Es el transpositor, estoy obteniendo lecturas de fallo.

—Toma los controles —dijo Ferus tersamente.

Salió de la cabina hacia los motores. Cuando volvió, estaba cubierto de grasa. —Éste es el transpositor —dijo él, sujetando la pieza del tamaño de un puño—. No lo entiendo. Sin esto no podemos arriesgarnos a usar hipervelocidad. Vamos a tener que aterrizar y reemplazarlo. Al menos es una reparación fácil. Puedo hacerlo yo mismo —fue hacia el ordenador de navegación y hojeó las cartas astronómicas—. Estamos metidos en lo profundo del territorio imperial. No sólo eso, estamos fuera del Núcleo. No podía haber ocurrido en un lugar peor. Vamos a tener que aterrizar en Hallitron—7.

De repente Wil surgió por la entrada de la cabina. — ¿Hallitron? Hay tres guarniciones allí. ¡El espaciopuerto es un punto principal de despegue de naves imperiales! ¿Qué está pasando?

—No tenemos alternativa —dijo Ferus—. El transpasitor está roto. Mira, si no comprueban dos veces el registro, estaremos bien. Quedaos todos a bordo, conseguiré la pieza y la arreglaré. Es una reparación básica; sólo debería llevarme algunas horas.

— ¿Vamos a aterrizar? —uno de los líderes de la resistencia, Boar Benu, entró en la cabina. Sus oscuros ojos encapuchados mostraban ansiedad. —Se suponía que nos dirigiríamos directamente a la base secreta.

—Avería en el motor —dijo Ferus.

— ¿Avería en el motor? ¿No se comprobó la nave antes de partir? ¡Esto es negligente! ¡Si yo dirigiese un movimiento de resistencia de esta forma, ya estaría en una prisión imperial!

Ferus no podía discutir con él. Tenía razón. Habían hecho una comprobación de sistemas en el motor pero no podías captarlo todo. El transpasitor había fallado en mitad del vuelo. —Vamos a tener que aterrizar, aceptémoslo y guardemos la calma.

Con una mirada furiosa, Boar Benu se retiró de la cabina. Wil miró a Ferus. — Todos estamos nerviosos —dijo él—. No queremos que nada salga mal.

—Algo siempre sale mal —dijo Ferus—. El truco es arreglarlo.

* * *

Ferus envió el registro, y les dieron permiso para aterrizar y las coordenadas de ataque. Trever tragó cuando vio la línea de naves imperiales. Naves estelares, cruceros, cazas TIE, un acorazado, y soldados de asalto por todas partes.

—Éste va a ser un día de locos —susurró él—. La mala suerte sería buena suerte comparada con esto.

—Está bien —dijo Ferus—. Podemos hacerlo. Nos introduciré en el hangar, y trataremos de no llamar la atención.

Deslizó el crucero en un hueco de ataque. Los líderes de la resistencia alzaron la mirada cuando asomó su cabeza en el camarote.

—Hemos tomado una decisión —dijo Boar Benu—. Si no regresas y la nave no es reparada en una hora, nos separaremos y encontraremos transporte de vuelta a nuestros mundos.

¿Cómo te atreves a desafiarme?

Ahí estaba de nuevo esa voz. Ferus mantuvo su respiración constante.

—Eso es más peligroso que esperar —protestó él.

—Ya hemos tenido confundirnos entre la multitud otras veces —dijo Boar—. Eso no nos preocupa. Sentarse aquí y esperar a ser arrestado es peor.

—Les sacaré de este planeta en una hora —dijo Ferus.

—Deberíamos actuar de la forma más normal que sea posible —dijo Boar—. Sugiero que nos dirijamos hacia la cantina, como si ésta fuese una parada de rutina para hacer reparaciones.

—Creo que deberían quedarse a bordo —dijo Ferus—. Atraerán menos la atención de esa manera.

—Si revisan ese registro y descubren que es temporal tendremos problemas —dijo Boar—. Preferiríamos estar en posición de subirnos de un salto a una nave de pasajeros si tenemos que hacerlo.

Ferus inclinó su cabeza. Desafortunadamente, él no podía decirles lo que tenían que hacer.

Wil se reunió con él mientras salía de la nave. —Intenté razonar con ellos. Boar les ha asustado. Él no confía en ti.

—Es bastante nervioso para ser un líder de la resistencia—, dijo Trever.

—No le culpo —dijo Ferus—. Hay razones de sobra para estar nervioso. Pero hemos atravesado demasiado para que todo se venga abajo ahora. Si no he vuelto en una hora, robad una nave y despegad.

* * *

Ferus avanzó a grandes pasos a través del hangar, dirigiéndose hacia el grupo de turboascensores que conducían a la superficie del planeta. Contaba con que allí habría muchos talleres de reparaciones cerca del ajetreado espaciopuerto. Eso era algo seguro. Pero también tenía que encontrar un lugar donde no hicieran preguntas. Afortunadamente, los lugares que vendían piezas solían ser así.

Cuando el turboascensor descendió, Ferus sintió el movimiento como si estuviera en caída libre. Una vez más tuvo la sensación de que su mente se dividía. Ahora le ocurría más a menudo. Varias veces durante el viaje había tenido que refrenarse de decirle a Trever bruscamente que dejase de hacer preguntas. Recordaba un tiempo no hacía mucho, cuando había disfrutado de la conversación de Trever. Había sabido que surgía de una combinación de juventud, nerviosismo y afecto, y se había unido a las bromas del niño. Ahora eso hacía que su cerebro estallase.

Cuando Boar le había dicho que se habían puesto de acuerdo en marcharse si él no tenía éxito, había sentido la furia de forma desproporcionada con respecto a la decisión. La cólera había sido sorprendente.

Las puertas del turboascensor se abrieron. Ferus sintió la brisa en su cuello húmedo. Los sentimientos se debían al Holocrón Sith, él lo sabía. El truco era no dejarse intimidar por ellos. Si iba a aprender a extraer poder del Lado Oscuro de la Fuerza, entonces iba a tener que navegar por aguas turbulentas.

Cuando Wil había tocado su brazo mientras él salía, Ferus también había experimentado una llamarada de cólera. Por un momento, Wil le había parecido una sombra, y Ferus había mirado a Wil y a Trever como si estuviesen detrás de una pantalla. No había sentido emoción alguna por ellos excepto cólera.

Este no era él. No era él en absoluto.

Por supuesto que eres tú.

Reconócelo y empieza el viaje hacia lo que puedes llegar a ser.

Estás aprendiendo que los otros sólo dificultan tu progreso.

CAPÍTULO SIETE

Clive y Astri estaban bien escondidos, pero cuando Darth Vader entró, Clive se preguntó si realmente estaban tan seguros como pensaba. Se habían agazapado en el dormitorio. Si Vader subía las escaleras, podrían salir por la ventana y bajar de un salto hasta el suave suelo de debajo.

Podían oírle interrogando a la sirvienta, su voz era concisa y su habitual monotonía profunda estaba llena de molestia.

—Se suponía que ella se reuniría aquí conmigo. ¿Me estás diciendo que no va a venir?

—No lo sé, Lord Vader. Ella contactó conmigo ayer y me dijo que preparase la casa. No dijo cuándo llegaría, no me informa de sus horarios.

Un largo silencio se extendió por un momento que debió haber aterrorizado a la criada.

—Vuelve a tus tareas, entonces —dijo Vader.

Clive puso su ojo en una grieta de la puerta. La criada se escabulló hacia el otro ala de la casa. Vader activó su comunicador.

—Eve Yarrow no está aquí —dijo él—. Tampoco hay ningún mensaje para mí.

Clive no podría ver la holoimagen, pero reconoció la voz del Emperador Palpatine. —¿Me estás diciendo que Crepúsculo debe ser cancelado?

—Ya está en marcha. Es hora de despertar a nuestro topo. Entonces comprobaré el punto de emergencia.

—Será mejor que nada salga mal esta vez —dijo el Emperador.

—Procedo... —las pisadas de Vader resonaron, el ruido seco de sus botas sobre las piedras, y Clive no escuchó algunas palabras—. ...El sistema Bepin... Coruscant —las pisadas se detuvieron—. El arma preliminar será probada y Crepúsculo llegará a su final.

Clive no pudo oír la respuesta del Emperador. Escuchó de nuevo el sonido de las botas de Vader. Con alivio, reconoció el sonido de la puerta principal abriéndose. Astri dejó escapar el aliento que había estado conteniendo.

La puerta no se cerró.

Vader estaba allí, esperando. Las pisadas de la sirvienta resonaron por el pasillo. —¿Hay alguna otra cosa que pueda hacer por usted, señor?

—¿Ha venido alguien a visitarla aparte de mí?

—Ningún visitante. Quiero decir, además de ella. Ella compró este lugar por la paz y la tranquilidad, me dijo, así que nunca tiene visitas. Oh, excepto por vos, Lord Vader. Y yo, supongo, aunque no soy una visita, técnicamente—

Vader debía haberse impacientado con el parloteo de la criada. Clive escuchó sus pisadas en la grava.

Momentos después una agitada cuidadora abrió la puerta del dormitorio. —Ha despegado. Será mejor que os vayáis. Hacedme un favor —ella lanzó una bolsa de comida a sus manos—. No regreséis.

—No te preocupes —dijo Clive—. No lo haremos.

El camino de regreso hasta su nave fue más lento que el descenso. Ascendieron por el largo sendero pronunciado, teniendo que escalar ocasionalmente escarpados despeñaderos rocosos.

—No podría decir de que iba todo eso —dijo Astri—. Pero sé que tenemos algunos pedazos de información crucial.

—Crepúsculo otra vez —dijo Clive—. Tenemos que contactar con Ferus. Tenemos piezas del puzzle, tal vez él pueda encajarlas.

Tan pronto como llegaron a la nave, intentaron contactar con Ferus, sin suerte. Solace, Ry-Gaul, la casa refugio de Dexter... ninguna respuesta en ninguna parte.

—Qué extraño —dijo Clive—. No me gusta esto.

—Vamos a tener que probar con Toma en la base —dijo Astri—. Sé que se supone que sólo lo haríamos en una emergencia, pero esto es una emergencia.

Afortunadamente consiguieron contactar. La voz de Toma sonaba débil pero clara.

—Se encuentran bajo silencio de comunicaciones —dijo él—. Recogieron algunas naves nuevas en la Convención Galáctica de Cruceros de Lujo, y se dirigen hacia aquí. Y la casa refugio ha desaparecido. Dex, Curran, y Keets están escondidos. Eso es todo lo que sé.

Algo resonó dentro de la cabeza de Clive, un recuerdo ¡a-ha! destelló completamente formado en su cerebro. Al fin recordó lo que se había estado esforzando en recordar.

— ¡La Convención Galáctica de Cruceros de Lujo! —dijo él—. ¡Ahí fue donde la vi!

— ¿A Eve? —preguntó Astri.

— ¡A Flame! ¡Ella es Eve Yarrow! Siempre supe que me parecía familiar. Y aquella vez ella estaba herida en Bellassa y yo la vi en el suelo, con los ojos cerrados —me parecía realmente familiar. Yo estaba allí en la convención —tal vez hace cinco años— y Eve Yarrow fue golpeada accidentalmente por un prototipo de aerodeslizador que perdió el control. Estuvo inconsciente durante un minuto —causó un gran revuelo. La ayudé a levantarse. Ahora la recuerdo —el pelo es diferente— ¡pero es Flame!

— Y Vader estaba aquí mismo para reunirse con Eve Yarrow —Astri parecía afligida—. ¡Flame es un agente imperial!

La voz de Toma crujió en el comunicador. — ¿Estáis todavía ahí?

Clive se inclinó y habló con urgencia. —Tienes que decirle a Ferus que contacte con nosotros —dijo Clive—. Debe retrasar la reunión. Flame es un agente enemigo. Que no lleve a nadie a la base —estaban perdiendo la conexión—. ¿Me recibes? ¡Flame es un agente del Imperio!

Para su alivio, la voz de Toma sonó claramente. —Te recibo. Flame es el enemigo. La tormenta se intensifica —voy a perder la señal, pero seguiré intentándolo. No te preocupes.

Cuando la comunicación se cortó, Clive se volvió hacia Astri. —El tipo debe estar bromeando, preocuparme es lo único que hago.

* * *

Vader introdujo las coordenadas y se acomodó para el viaje de vuelta a Coruscant. Dejaría que su furia le abandonase ahora, pero la recordaría cuando viese a Eve de nuevo. Esta operación estaba comprometida, y no podía fracasar.

La unidad de comunicación parpadeó, y vio que era de un miembro de alto rango de los Cuerpos de Seguridad. Le había encargado monitorizar informes del canal de seguridad sobre ciertas áreas que estaba vigilando.

—Lord Vader, algo ha ocurrido en el segmento de Niro 11.

— ¿El qué?

—Simplemente una cuestión rutinaria de la policía, señor, pero—

—No lo interprete para mí —escupió Vader—. Simplemente dígame lo que es.

—El robo de un crucero espacial. Un hombre y una mujer humanos entraron en el banco fingiendo ser una rica pareja. Creemos que su propósito era robar una cuenta hasta que apareció seguridad para hacer una comprobación de rutina. Huyeron y robaron el crucero de un empleado del banco llamado... Herk Bloomi.

— ¿Escaparon?

—En ese momento no estaba claro que fueran criminales.

— ¿Sabemos en qué cuenta se intentaban infiltrar?

—No tengo esa información, señor. Según Bloomi, no habían llegado tan lejos en su estafa.

—Quiero a Bloomi bajo interrogatorio ya. Asegúrese de que diga la verdad. ¿Tiene los números de registro del crucero?

—Por supuesto. Ha sido clasificado como robado.

—Páselo a través de la búsqueda de seguridad más alta. Quiero esa nave —Vader cortó la comunicación. Podría no significar nada —pero a él no le gustaba la coincidencia. Las cuentas de Eve Yarrow estaban en Niro 11. Y ahora mismo, había sentido que algo estaba fuera de lugar en su casa de retiro.

Alguien estaba siguiendo el rastro de Eve Yarrow.

Activó de nuevo la unidad de comunicaciones. En un momento, el holograma de Hydra brillaba ante él. —Estoy a su servicio, Lord Vader.

— ¿Dónde está Olin?

—Completamos nuestras investigaciones, y él volvió a Coruscant para recibir nuestras siguientes órdenes.

— ¿Has tenido noticias tuyas desde su regresó?

—No, Lord Vader. Tengo previsto reunirme con él después de que ate algunos cabos sueltos aquí.

—Olvida tus órdenes. Necesito que rastrees esta nave —Vader recitó los números de registro—. Detén la nave y arresta a quienquiera que esté a bordo. Asígnale la prioridad más alta.

—Sí, Lord Vader.

—Ésta es tu última oportunidad para redimirte. Las cosas en Alderaan no fueron bien. Contacta conmigo cuando esté hecho. Entonces podría necesitarte de nuevo.

Vader saltó al hiperespacio. Tenía que regresar a Coruscant.

CAPÍTULO OCHO

Ferus pasó de largo las tiendas de piezas que anunciaban sus relucientes mercancías en organizadas filas que te traían el pedido segundos después de que lo hubieses encargado. Buscaba una tienda más vieja, un poco desordenada, a la que no le estaba yendo demasiado bien y se alegraría de tener un negocio. La encontró a medio kilómetro del espaciopuerto, en un área de mala muerte que había visto días mejores. Pasó por delante de un taller de reparación de droides, de un servicio de mensajería, y de una tienda de té para llevar. Entonces lo vio —un mugriento cartel láser parpadeando REPARAC ON de NAVES EST LARES TUTEN. Supuso que si un taller de reparaciones no se molestaba en reparar su propio letrero, seguramente la gente que trabajaba allí le ayudaría sin hacer demasiadas preguntas.

Entró en la tienda. Un varón humanoide salió de un maltrecho mostrador lleno de piezas grasientas. Sus manos de dedos gruesos estaban negras de grasa. Incluso su coronilla estaba negra y grasienta, pareciendo más una pieza de repuesto que una parte de su cuerpo. Ferus le reconoció como un koorivar. Había oído que había planes para trasladar a muchas especies no humanas fuera de los mundos del Núcleo y llevarlas más allá de los mundos del Borde Medio. Se imaginó que este propietario no sería un admirador del Emperador.

—Tuten a tu servicio —dijo el koorivar—. Tenemos todo lo que necesitas, todo garantizado.

Ferus miró alrededor de la tienda desordenada. Se preguntó cómo Tuten podría encontrar nada allí. —Necesito a un transpasitor.

—No hay problema, tengo muchos por aquí. Siempre guardo muchos modelos en reserva. Deja que te los muestre y podrás escoger —Tuten guió a Ferus hasta una pared llena de cajones, algunos enormes, otros diminutos. Sobresaliendo de ellos había diversas piezas y herramientas. Ferus apartó con el pie una pila de harapos grasientos para llegar hasta el cajón. Estaba empezando a lamentar su decisión de ir allí. ¿Qué pasa si las piezas están defectuosas?

Como si Tuten hubiese captado su pensamiento, tiró de la puerta con una floritura. —Lo que los demás no entienden es que la grasa hace estas piezas funcionen. Las deslizas directamente en tu motor, lo enciendes, y zumban como bebés. Mira. Sólo tengo lo mejor para mis clientes.

Ferus inspeccionó las piezas. Él no era un experto, pero sabía de motores. Estas partes parecían estar en buenas condiciones. Pasó los dedos a lo largo del transpasitor, buscando de la costura delatora que indicaría que había sido re-soldado.

—No hay piezas re-soldadas en este cajón. Sólo lo mejor. ¿Atravesaste una tormenta magnética para llegar hasta aquí? Porque eso puede hacer que se vuelvan endebles si no son calibrados por un buen mecánico, sin margen de error porque si no... poof, bam, humo, y estás en un buen lío. Estos modelos nuevos con los motores iónicos gemelos, muy elegantes, ¿verdad? Pero no te hablan sobre eso, ¿verdad?

—Me llevaré este modelo.

—Excelente elección. Cliente perspicaz, me gusta —Tuten sonrió, y Ferus deseó que no lo hubiera hecho. Sus dientes estaban tan negros como su coronilla.

Ferus le siguió hasta su mostrador desordenado. Tuten metió la mano debajo y sacó un datapad maltrecho del montón. —Bien, sólo las preguntas de rutina. ¿Número de registro de la nave?

Ferus sabía que eso iba a pasar. El Imperio estaba probando una nueva política en espaciopuertos principales, obligando a los distribuidores de piezas a obtener números de registro de las naves ante encargos de piezas importantes. Era sólo otra manera de controlar las naves que entraban y salían, sólo otra regulación, sólo otro impuesto.

Y sólo otra forma para el Imperio de rastrear su nave.

Se apoyó sobre el mostrador, sosteniendo créditos en su mano. ¿Realmente necesitamos hacer esto? Es una pieza tan pequeña que cabría en mi bolsillo, y podría salir de aquí.

—Cierto, cierto. Y las regulaciones son tan... agresivas. Vaya montón de entrometidos, esos oficiales.

—Todo ese papeleo por un simple transpasitor.

Tuten miró los créditos. —Los transpasitores son caros...

—Su precio no deja de subir —Ferus añadió más créditos al montón. Tuten los cogió.

—Ahora, ya que hemos hecho un trato tan agradable, te voy a decir lo que haré. Meteré uno re-soldado como reserva. Entonces le dirás a todo el mundo que vengan a Tuten, para conseguir el mejor trato del Borde Medio. Espera.

Tuten desapareció en el almacén trasero. Ferus metió el transpasitor en su bolsillo. Esperó un momento, y después otro.

Y entonces tuvo un mal presentimiento.

Tal vez era hora de marcharse.

Miró a través de la polvorienta ventana delantera. Dos soldados de asalto bajaban de un deslizador.

Ferus saltó por encima del mostrador y corrió hacia la parte trasera. Tuten se había escondido entre dos pilas altísimas de chatarra y estaba tratando de hacerse invisible. Sus ojos se desorbitaron cuando vio a Ferus. — ¡Lo siento! —susurró—. ¡Amenazaron con cerrar mi tienda si no informaba! Cualquiera que no quiera darme los números de registro, tengo que decirlo. ¡Lo siento!"

Ferus le ignoró y se dirigió hacia la salida de atrás. Entró en el callejón trasero justo cuando uno de los soldados doblaba la esquina, desintegrador en mano. Ferus saltó, evitando el fuego láser que impactó en la puerta, dejando un agujero humeante. Fue corriendo a lo largo de la parte superior del muro y entonces saltó encima del siguiente tejado, el fuego láser traspasó el aire detrás de él. Podía sentir el calor a su espalda.

Eso no era bueno. Tuvo la intención de entrar y salir sin ser visto, arreglar la nave, y largarse. Ahora tenía soldados de asalto tras él, y no podía llevarlos hacia el espaciopuerto.

Ferus bajó de un salto del tejado hasta el siguiente callejón. Vio que había un laberinto de callejones detrás de todas las tiendas, conectándolas con una vía de servicio a un lado.

Una de las habilidades que había aprendido como Jedi era una habilidad práctica —los Jedi no se perdían. Había realizado suficientes ejercicios de memoria en el Templo, ejercicios llamados "búsqueda urbana" en la cual había tenido que memorizar un mapa de una gran ciudad en cuestión de minutos y entonces trazar una ruta de escape en cuestión de segundos, siguiendo una ruta de prueba a través de las calles de un cuadrante de Ciudad Galáctica.

Así que un laberinto serpenteante de callejones no debería ser un problema.

Él tuvo una ventaja. Iba a pie, y los soldados de asalto iban en un deslizador. Lo que ganaban en velocidad lo perdían en maniobrabilidad por los estrechos pasajes, algunos un poco más anchos que sus hombros. Corrió, esquivando basura y al

sorprendido propietario ocasional apoyando en su entrada trasera. En su mente mantuvo la posición del espaciopuerto firmemente anclada, incluso mientras giraba a la izquierda, a la derecha, y después otra vez a la izquierda una serie de giros y contragiros. Algunas veces podía escuchar el zumbido de los repulsores del deslizador pero retrocedía y se escondía detrás de un oportuno montón de piezas o basura y el ruido se volvía más débil.

Las cosas habrían ido bien —bueno, no bien, pero sí aceptables— si no se hubiese quedado sin callejones. Y si no hubiese oído redoblar, y después triplicándose, el ruido del motor. Ahora eran aerodeslizadores, capaces de sobrevolar los callejones. Habían enviado refuerzos.

Ferus sabía que finalmente le acorralarían. No podía dejar atrás esta cantidad de apoyo imperial.

Podía oír el ruido de los motores mientras daban vueltas, esperando que saliera. Le divisarían tan pronto como lo hiciese. El deslizador estaba en el callejón de al lado, buscándole, esperando hacerlo salir.

—Contactó con Trever con su comunicador. El niño sonó aliviado cuando escuchó su voz.

—¿Conseguiste el transpasitor? —preguntó Trever.

—Lo tengo.

—Bien. ¿Va todo bien?

—Genial —dijo Ferus, haciendo una mueca mientras otro aerodeslizador zumbaba por encima de su cabeza. ¿Dónde están nuestros pasajeros?

—Fueron a la cantina. Wil y yo estamos en la nave, pero estamos a punto de seguirles.

Ferus pensó rápidamente. —Bien. Buscad mesas en la terraza, la más próxima a la pista de aterrizaje. Y esperadme. Cuando os de la señal, meted a todo el mundo a bordo.

—De acuerdo, entendido —dijo Trever—. Estaremos listos.

Ferus volvió sobre sus pasos hasta el final del callejón. Se dio cuenta de que había vuelto al punto de partida. Ahora estaba buscando algo, un negocio que había visto de camino al taller de reparaciones. Inspeccionó los letreros sobre las puertas, intentando descifrar las letras desvanecidas y las perdidas. Se detuvo delante de MENS JER S RAPIDIS MOS PARA TOD S TUS NECESIDA ES.

Un patio cerrado guardaba un grupo de motos maltrechas. Un grupo de chavales ganduleaba a su alrededor, apoyados contra las paredes del edificio. Observaron a Ferus con lacónicas miradas. Sabía que a menudo los niños y niñas mensajeros eran reclutados en las secciones más pobres de las ciudades, estaban mal pagados y trabajaban duro, con largas horas y mucho abuso. En algunos planetas con viejos sistemas de comunicaciones y frecuentes interferencias atmosféricas planetarias, a veces era más rápido y más fácil emplear a un mensajero antes que confiar en la red de comunicaciones.

Ferus asintió hacia varios miembros del grupo. Escogió uno con la actitud más obvia, el que le miró de arriba abajo con expresión hostil.

—¿Quién es el más rápido? —preguntó.

—Ditto —dijo uno de los niños, apuntando con su barbilla hacia el muchacho que Ferus estaba mirando—, él es el más rápido.

Ferus les dedicó una mirada rápida a las motos maltrechas. Eran básicamente motores con asientos y manillares. —¿En estas máquinas?

—Si tienes lo que hay que tener, no debería importar en qué vas sentado —dijo el muchacho llamado Ditto—. Pero no muchos tienen lo que hay que tener.

—Así que, ¿crees que tú sí? —le preguntó Ferus.

—Dije que sí, ¿verdad?

—Porque yo tengo un trabajo bien pagado, pero necesito a alguien que no sea sólo rápido, sino que pueda maniobrar a través del tráfico. Tráfico pesado.

Ditto puso los ojos en blanco. —El tráfico espacial es fácil. Si vas lo suficientemente rápido, los demás simplemente se apartan de tu camino.

— ¿Incluso los soldados de asalto?

— ¿Soldados de asalto? —bufó el niño—. Sólo creen que saben cómo conducir.

La chica que estaba junto a Ditto alzó la voz. Tenía el pelo rojizo, corto y encrespado y una cara manchada de polvo. —Todos los trabajos tienen que pasara a través del jefe —indicó con la barbilla—. Adentro.

—No quiero pasar por vuestro jefe.

El grupo se quedó en silencio. Ferus sabía lo que estaba pidiendo. Si alguien hacía un trabajo para él, se arriesgaba a ser despedido. —Pero el trabajo llevará menos de tres minutos. Ditto sería el primer conductor, pero también os necesito al resto. Pagaré tasas triples.

—Esto se está volviendo una proposición casi interesante —dijo Ditto.

La chica le miró de arriba abajo. —Será mejor que veamos primero los créditos.

Ferus metió su mano en el bolsillo. Afortunadamente Flame les había dado cantidades sustanciales de créditos antes de partir.

— ¿Quién quiere trabajar para mí? —preguntó.

Todos los niños y niñas se acercaron a él. Ferus repartió los créditos. —Recibiréis la otra mitad en el espaciopuerto, en la terraza de la cantina.

El resto de mensajeros miraron a Ditto y a la chica. Parecían ser los líderes. Ferus esperaba, observándolos. Ditto y la chica le miraron, intentando tomar una decisión mientras sostenían los créditos en sus manos.

— ¿Por qué no? —dijo Ditto—. Ha sido un día lento.

* * *

El grupo de motos se alzó en el aire como pájaros, con Ditto a la cabeza. Ferus permaneció en medio de la bandada, volando tan cerca de los demás que podía haber estirado el brazo y tocado el codo de su vecino. Había tomado prestada una vieja gorra, se la había puesto en la cabeza igual que la llevaban los demás, y mantuvo la cabeza agachada con el viento en su cara.

La chica pelirroja, Lourn, que resultó ser la hermana de Ditto, volaba a su lado. Volaban rápido, directamente hacia la salida del distrito de callejones. Los aerodeslizadores se acercaron para inspeccionarlos, pero los mensajeros simplemente se rieron. Zumbaron cerca de los aerodeslizadores, rodeándoles, pasando por encima y por debajo, apartándose mientras los soldados de asalto les ignoraban y seguían manteniendo el área acordonada. Estaban acostumbrados a las travesuras de la flota mensajera.

La flota se mantuvo cerrada alrededor de Ferus. Se alegró de ser un piloto bastante bueno para mantenerse a su altura.

—No está mal para un piloto espacial —le gritó Ditto trazando un círculo. Ferus podía ver que se había ganado el respeto del niño.

Cuando estuvieron libres de los aerodeslizadores, le indicó a Ditto que se marchaba y se dirigió hacia el espaciopuerto. Esquivó el tráfico aéreo y entró en el hangar. Abandonó la moto y activó la rampa del crucero. Sabía que sólo era cuestión de tiempo antes de que los soldados de asalto descubrieran lo que había sucedido.

La nave estaba vacía. Accedió al compartimiento del motor y se metió dentro. Deslizó el transpositor en su sitio y escuchó como encajaba. Entonces hizo una rápida comprobación de sistemas, teniendo cuidado de calibrarlo perfectamente. Todo se iluminó en verde. Estaba listo para partir.

Puso en marcha el crucero y contactó con Trever mediante el comunicador al mismo tiempo. —Estad preparados. Estaré allí en treinta segundos.

—Pero no he terminado mi hamburguesa de bantha.

Ferus sonrió, sabía que Trever estaría listo.

Sacó el crucero del hangar y fue hacia el espaciopuerto mientras pedía autorización para despegar a la torre. Se dirigía hacia la cantina, un edificio grande que estaba en un lado del área de aterrizaje para que los cruceros espaciales más pequeños pudiesen salir directamente. A esa velocidad lenta podía ver el pelo azul de Trever y el grupo de líderes de la resistencia apiñados alrededor de una mesa en la terraza. Era una cantina atestada, con seres entrando y saliendo y lanzándose sobre la primera mesa libre. Aunque no podía oír el rugido y el zumbido de las conversaciones, podía imaginárselo.

Su unidad de comunicaciones cobró vida con un crujido y escuchó su número de registro.

—Preséntese en la oficina de control —le ordenó un oficial.

Habían comprobado el registro y habían visto que era temporal.

Ferus activó el comunicador. —No le recibo. Me dirijo hacia salidas y lo comprobaré con el agente de salida. Corto.

—Preséntese en la oficina de control, corto.

—Corto —murmuró Ferus, apagando el comunicador. Se detuvo en el exterior de la terraza. Trever ya había puesto en movimiento a los líderes, dirigiéndose hacia el crucero por la puerta de atrás. Ferus activó la rampa. Los líderes se apresuraron hacia él. Ferus estaba contando los segundos.

Las patrullas de aerodeslizadores llegaron sobrevolando el espaciopuerto. De repente la luz roja brilló intermitentemente cerca del área de salidas. Debían haber rastreado a Ferus hasta allí. Habían cerrado el espaciopuerto.

De repente los mensajeros aparecieron en el cielo, pilotando sus motos con lo que parecía ser un control imprudente pero era perfecto. Se zambulleron hacia las pistas de aterrizaje de permacreto, trazando un círculo, y girando en rizos cerrados. Ferus vio pasar el pelo rojo de Laurn y su gorra cayó al suelo.

Las patrullas de soldados de asalto tuvieron que ejecutar acciones evasivas para no chocar. Otros vehículos se apartaron para salir de su camino. En segundos, la escena fue un caos total.

Los líderes de la resistencia no atrajeron ninguna atención mientras se apresuraban hacia la nave. Todos los demás contemplaban el cielo.

—Toma el mando —le dijo Ferus a Wil. Wil fue hacia la cabina mientras Ferus saltaba algunos metros sobre la pista de aterrizaje. Ditto voló bajo, cerca de él, con la mano extendida. Ferus lanzó el manojó de créditos a lo alto. Ditto los agarró y se alejó.

Los líderes ya estaban todos a bordo. Ferus volvió rápidamente dentro de la nave y cerró la rampa. Se sentó en el asiento del piloto que le dejó Wil.

—Hora de salir de aquí —le dijo a Trever.

—Se lanzó hacia el cielo abarrotado. Ditto y los demás le flanquearon durante un momento. Ditto le dedicó un saludo.

Ferus aceleró. Podía ver las naves imperiales despegando detrás de él. Aceleró al máximo. El crucero respondió. En pocos segundos habían alcanzado la atmósfera superior.

Niveló la nave y aumentó la velocidad, esperando dejar atrás el tirón gravitacional del planeta y salir al espacio.

Trever se inclinó sobre el radar. —Tenemos diez naves acercándose... se dividen en dos grupos.

—Puede que no estén autorizados a dejar la atmósfera del planeta —dijo Wil—. Pero darán la alerta por toda la galaxia.

Miraron a los cazas imperiales, deseando que se dieran la vuelta.

Ferus forzó un poco más los motores. Estaba cerca. Tenía rapidez y suficiente tiempo de ventaja. Los cazas no podían atraparlo. Uno por uno, se dieron la vuelta.

Wil se pasó una mano por la frente. —Eso estuvo un poco demasiado cerca.

Trever sonrió. —Ferus siempre tiente a la suerte.

Próxima parada, el asteroide. Pero ahora su nave estaba en la lista de alerta imperial. Tenían un largo camino que recorrer.

CAPÍTULO NUEVE

Clive y Astri no estaban seguros de su próximo movimiento. Tenían que asumir que Toma lograría contactar con Ferus. Pero si tuviesen una idea de donde estaba, podrían encontrarle por ellos mismos. Decidieron dirigirse a Coruscant y ver si podían encontrar a Curran y a Keets.

Se detuvieron para repostar en un espaciopuerto de un pequeño planeta cerca del Núcleo. No podían volver a Coruscant sin repostar, pero no les gustaba detenerse. Escogieron un espaciopuerto limitado con servicios rudimentarios, esperando que la seguridad estuviese tan deslucida como sus comodidades. El espaciopuerto era básicamente una gran plataforma de aterrizaje con una línea de espacios de ataque hecha de permacreto lleno de marcas. En una esquina había una cantina sin puerta. Un par de mecánicos estaban sentados en el exterior, jugando al sabacc.

Astri miró las reglas mientras iban apareciendo en la pantalla —Tendré que registrarme personalmente en la oficina de control —dijo mientras se levantaba.

—Si descubren que robamos esta nave, podrían arrestarte. Iré yo.

—No, yo tendré más posibilidades de pasar inadvertida —Astri introdujo un pequeño desintegrador en su bota y se enderezó.

—Deja tu comunicador encendido para que pueda oír lo que pasa.

Ella asintió —Si algo sale mal, vete sin mí.

Clive la miró fijamente. Ella le sostuvo la mirada.

—Lo digo en serio —dijo ella—. Nada de heroicidades. Es demasiado importante que Ferus tenga la información.

¿Debería marcharse sin ella si eran descubiertos?

Claro. Había demasiado en juego.

¿Se marcharía sin ella?

De ninguna manera.

Ella esperaba a que él estuviese de acuerdo. Clive sintió que algo transcendental ocurría en su interior. Algo que nunca había sentido antes.

No iba a mentir.

—No voy a dejarte —dijo él.

—Tienes que hacerlo.

—Sería fácil para mí decirte que sí —dijo Clive—. Pero voy a hacer un pacto contigo. Ahora, antes de que empecemos. No voy a empezar con una mentira.

Astri se ruborizó. —¿Empezar el qué? ¿Nuestro viaje?

—No me refiero a eso —le dio la espalda y jugueteó con los controles. No podía decir a lo que se refería, o lo que sentía. No podían decir las palabras. Sólo podía esperar que ella ya lo supiese. Si sobrevivía a todo esto, estarían juntos.

Él sintió que ella dudaba a su espalda. Entonces ella puso sus manos en la parte trasera del asiento. —Sé lo que quieres decir —dijo ella—. Así que empecaremos con algunas reglas. No nos mentiremos. Y no dejaremos al otro atrás.

Sintió como ella se iba, una brisa le acarició su cuello. Escuchó sus botas resonando en la rampa. Clive sonrió. Todo había cambiado. Ahora todo se veía diferente. Esta ruina polvorienta de espaciopuerto, el denso cielo naranja. Había luchado contra los imperiales porque se lo debía a sus amigos, porque le debía su vida a Ferus, porque en lo más profundo de su ser el Imperio simplemente le enfurecía.

Ahora tenía algo más por lo que luchar: Astri.

* * *

Quería estar molesta con Clive por distraerla, pero Astri sintió una calidez extendiéndose por todo su cuerpo mientras caminaba hacia la oficina de control. No se había percatado de que sus sentimientos por Clive habían cambiado tanto hasta que él había hablado. Al principio ella le había desaprobado, entonces a regañadientes había aceptado que no era tan mal tipo. Y después eso había cambiado hacia alguna otra cosa. Ella no sabía lo que había delante, pero sabía que se enfrentaría a ello con Clive. Ahora tenía un compañero.

Entró en la oficina. Un joven oficial imperial estaba sentado en el escritorio, con aspecto aburrido. Se preguntó que habría hecho para ser asignado a este puesto avanzado en mitad de la nada.

— ¿Papeles?

Ella entregó sus documentos. Fingió contemplar el horizonte, pero realmente estaba intentando estudiar la pantalla en el reflejo del transpariacero. No podía leerla, pero sabía por experiencia que si había algún problema la pantalla brillaría. Si eso ocurría, estaba preparada para salir a la fuerza.

¿Hasta dónde llegaría?

¿Le dispararía a ese oficial? Le miró más detenidamente y vio la forma en la que había intentado peinarse tapándose sus grandes orejas. Era joven. Una barba rubia incipiente centelleaba en sus mejillas. Se fijó en su insignia. Un oficial de bajo nivel. Podía haber llegado de cualquiera de los muchos planetas de la galaxia que tenían pocos recursos o riquezas. Para los jóvenes de esa clase de mundos, el Imperio era una salida. Lune le había hablado de algunos de los chicos y chicas jóvenes de la nueva Academia Imperial. Le había dicho que para algunos de ellos, sus buenos reflejos eran lo único que tenían. No era raro que se uniesen al Imperio -sólo querían volar y ver la galaxia.

—No hay mucho que ver allá afuera —dijo el oficial.

—Parece que no tienen muchas visitas —ella contempló el reflejo. No vio brillar nada, y el oficial no cambió su postura.

—Estamos teniendo problemas con la transmisión —dijo él—. Puede ralentizarse en este planeta. Bruma atmosférica con partículas iónicas... un problema con los sistemas de comunicación.

Astri le dedicó una sonrisa. Él parecía casi humano. —Así que está en medio de ninguna parte, y ni siquiera puede hacer una llamada.

—Lo ha entendido perfectamente.

— ¿Y qué tal está la cantina? ¿Sobreviviré si pido algo de comer? —preguntó Astri. Estaba empezando a sentirse nerviosa. Eso estaba tardando demasiado tiempo. Podía ver que Clive había terminado de llenar el depósito.

—Si está dispuesta a correr el riesgo.

—Oiga, ¿qué le parece si me acerco a por algo de comida? Para cuando regrese, mi autorización ya habrá aparecido —dijo Astri—. ¿Qué le parece? Dele a esta chica un descanso —he estado viviendo a base de tabletas de proteínas.

Él le echó una última mirada a la pantalla. —No sé...

—Estaré de vuelta en tres minutos. Lo prometo.

—De acuerdo —él se volvió hacia la pantalla.

Ella salió y se encaminó hacia la cantina. La voz de Clive surgió de su comunicador. — ¿Haciendo amigos?

— ¿Qué deberíamos hacer?

—Seguir con la representación. Puedo ver que el sistema de comunicaciones está caído.

—Pero Clive, qué pasa si...

Él hizo una pausa. —Haz lo que tengas que hacer. Estaré justo detrás de ti. Espera... acabo de recibir una señal clara...

—Regresaré —Astri se apresuró hacia la oficina de control. Cuando ella entró, el oficial acaba de regresar a su escritorio.

—Muy bien, volvemos a tener velocidad —él recorrió con la mirada la pantalla y esta vez Astri no tuvo que mirar de reojo para ver la alerta destellar.

Él alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los de ella. El tiempo pareció detenerse. El momento se prolongó mientras ninguno de ellos se movía.

Ella se agachó, sacó su desintegrador, y disparó.

* * *

Una de las cosas que a Hydra le gustaba de su trabajo como Inquisidor Imperial era el atuendo. Le gustaba sentirse envuelta en la túnica que barría el suelo y la capucha que, si se llevaba correctamente, oscurecía su cara completamente. Ella se había criado en una cabaña diminuta con un tío salvaje y silencioso, y la oscuridad no le proporcionaba comodidad, sino una sensación de ser el lugar al que pertenecía.

Había estado malviviendo en su mundo natal, sirviendo a su tío y soportándole, cuándo Palpatine había ascendido al poder. Ella le había visto en las noticias de la HoloRed cuando se proclamó Emperador.

—Justo lo que necesitábamos —había dicho su tío, y había escupido en el suelo—. Otro político al mando. Nada que ver con nosotros.

Pero algo en Hydra se emocionó. Una persona asumiendo el reto de gobernar una galaxia.

Mientras limpiaba el suelo ese día, mientras recogía a los animales el día siguiente, mientras yacía despierta en la fría noche, fue asumiendo lentamente que su situación la había preparado exactamente para esta nueva galaxia. Ella sabía cómo servir al poder. Conocía tanto la astucia como el servilismo. Ahora podía usar sus habilidades para servir a un amo mejor.

Se marchó ese día. Sabía a dónde pertenecía. La había llevado meses descubrir la forma correcta de introducirse. Había encontrado trabajo, pero ninguna oportunidad de ascender. No era habladora, y nunca había aprendido el arte de la adulación sutil, defendiendo su causa insertando cumplidos en el oído de un idiota. Sólo era buena vigilando. Y muy eficiente. Se dio cuenta de que el Imperio valoraba la eficiencia más que cualquier otra cosa, y eso era lo que transformaría la galaxia, ella estaba segura. La eficiencia mejoraría los viajes, las comunicaciones y la industria, y la galaxia sería algo bello, funcionando como un enorme ordenador BRT, algo majestuoso.

Finalmente su eficiencia fue advertida. Lord Vader la puso en el equipo de Inquisidores y se comunicaba con ella, asegurándose de que estuviera avanzando y recibiendo misiones importantes. Eso la había dejado perpleja, porque una de las cosas que admiraba de él era que no parecía ser el tipo de persona que se preocupara por esas cosas. Entonces se dio cuenta de que él la había colocado allí por otra razón. Era simple:

Él quería que ella le dijera lo que hacían los otros Inquisidores, quién estaba cerca de Sano Sauro, y si alguna misión provenía del mismo Emperador.

Hydra estaba encantada de hacerlo. Lord Vader estaba cerca del Emperador. Le daba escalofríos ser apreciada por alguien tan poderoso. Cuando la ascendieron a Inquisidora Principal obtuvo su recompensa, su primera recompensa. Sabía que habría más.

Esta era la primera vez que le había asignado una misión importante. Por supuesto ella le había informado de las actividades de Ferus Olin, pero eso simplemente implicaba mantener los ojos y los oídos abiertos. No había descubierto mucho. Y su trabajo en Alderaan no había complacido al Emperador. Hydra había sentido que su estatus se reducía, y eso la había hecho sentir enferma. No podría fallar en este trabajo, pues no tenía otro sitio a donde ir.

Pero ahora Lord Vader le había pedido que hiciese algo que obviamente era importante. Si lo hacía bien, sin duda él comentaría su progreso con el Emperador.

Entonces podría necesitarte, le había dicho. Hydra se estremeció al recordarlo.

La unidad de comunicaciones sonó, y ella contestó. Estaba de suerte. La nave había sido localizada. Había sido descubierta en una parada rutinaria que estaba empezando a ser establecida en el Núcleo. Las naves imperiales escogerían un cuadrante y ordenarían a todas las naves que se presentasen en la estación espacial más cercana. Allí esperarían en fila hasta que sus registros y sus papeles fuesen revisados. Era una inconveniencia masiva para muchos, pero mostraba a todo el mundo quién estaba al mando.

Aparentemente un mecánico de un espaciopuerto remoto había mandado un mensaje. La nave había introducido números falsos de registro y había despegado sin autorización. Fue simplemente suerte que hubiese caído en la trampa.

No, no fue suerte, pensó Hydra, fue eficiencia. Pon suficientes controles en los lugares de acceso de la galaxia y atraparás lo que estás buscando.

Ella estaba cerca a la estación espacial. Le ordenó al oficial que detuviese la nave. Pronto estaría allí para arrestar a sus pasajeros.

CAPÍTULO DIEZ

— ¿Qué crees que le ocurrirá a la nave después de que completemos la misión? —le preguntó Trever a Ferus. Estaban solos en la cabina. La nave estaba en el hiperespacio, segura por el momento.

—Buena pregunta —dijo Ferus—. Probablemente deberíamos hablar de eso en la reunión. Tenemos dos nuevas naves rápidas. Podemos decidir quién las necesita más.

—Yo ya le he decidido —dijo Trever.

Ferus se rió. —Ah, déjame adivinar. ¿ése serías tú?

—Hey, estoy en la resistencia. Y necesito una nave. Por lo tanto... —Trever se encogió de hombros—. Vamos, Ferus, tomemos ésta. Es un transporte tan dulce. Estos motores sublumínicos son realmente una joya. Sé que tuvimos una pequeña avería en el motor, pero una vez que lleguemos allá abajo y echemos un vistazo a conciencia, podemos dejarla como nueva. Poner un motor iónico extra como sistema de reserva y seremos de oro.

—El vendedor de partes usadas me dijo que estos motores nuevos suelen tener problemas con los transpasitores y los campos magnéticos —dijo Ferus—. Parece que decía la verdad —espera un segundo. —De repente se levantó de un saltó de su asiento. En un momento había accedido al panel del motor y había bajado.

— ¿Vas a revisarlo? —preguntó Trever—. Buena idea. ¿Necesitas iluminación allá abajo?

Trever escuchó gruñir a Ferus, como si estuviese intentando usar algún músculo para aflojar una pieza.

— ¿Necesitas una mano?

Ferus reapareció, alzándose y sentándose sobre el suelo de la cabina. —Tenemos un problema. Hay un rastreador en la nave. Cuando el vendedor de partes mencionó una tormenta magnética, no tuvo sentido. Entonces recordé que algunas veces los dispositivos de rastreo tienen un pequeño campo magnético. Si se coloca cerca de un transpasitor, puede afectarlo.

— ¿Un rastreador? —Trever no podía comprenderlo—. ¿Pero cómo puede ser? ¿Crees que es alguna clase de sistema de seguridad que el vendedor en Coruscant no tuvo la posibilidad de desactivar?

Ferus negó con la cabeza. —Desearía que fuera así.

—Pero eso quiere decir...

—Hay un espía en alguna parte de nuestro grupo.

— ¡Pero eso es imposible! —dijo Trever—. Todo el mundo en esta nave es un combatiente de la resistencia.

—Lo sé, pero alguien en la nave es un espía.

No dijeron nada durante un momento, simplemente mirándose el uno al otro. Ferus repasó el proceso mentalmente. Durante las pasadas veintiséis horas habían viajado por tres espaciopuertos y habían recogido veintiún líderes de la resistencia. Él siempre había estado en la cabina donde estaba ubicado el compartimiento del motor, o había estado Trever. Excepto durante su parada no programada. Ese fue el único momento en el que la cabina había estado vacía.

—Mientras estaba fuera buscando la pieza, ¿viste a alguien entrando en la cabina?

Trever lo pensó cuidadosamente. —Estuvimos todos en el salón la mayor parte del tiempo. Pero después, cuando nos preparábamos para ir a la cantina, alguien pudo haber entrado a escondidas. No me fijé en todo el mundo. No sé...

—Está bien, Trever. No tenías ninguna razón para sospechar de nadie.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Bien, el rastreador no puede funcionar continuamente en el hiperespacio, así que estamos bien por el momento. Tan pronto como dejemos el hiperespacio, tenemos que contactar con Ry-Gaul y Solace y concertar un encuentro antes de ir al asteroide. Tenemos que revisar todas las naves antes de proceder. No podemos asumir que las otras naves están limpias. No podemos llevar un espía al asteroide, así que o cancelamos la reunión o descubrimos quién es. Y tenemos que hacer todo esto rápido antes de que pongamos en peligro a todo el grupo. El futuro de la rebelión galáctica está en estas tres naves.

Ferus se puso rápidamente en pie y fue al ordenador de navegación. —Necesitamos un lugar cerca del asteroide, pero no demasiado cerca. No un espaciopuerto. No un planeta...

—Una luna —dijo Trever.

—Una luna deshabitada. —Ferus hojeó las posibilidades rápidamente mientras el holograma del mapa estelar destellaba. Extendió un dedo y apuntó—. Aquí. XT987. Ahora esperemos que Solace y Ry-Gaul estén dentro del alcance.

* * *

Después de volver al espacio normal, Ferus contactó con Ry-Gaul y con Solace y sintió un gran alivio cuando ambos respondieron. Ahora tenía la dura tarea de informar a los líderes de la resistencia que tendrían que aterrizar. Ferus lo presentó como un paso necesario antes de proceder hacia la base, pero hubo gruñidos y algunas disensiones.

—Cada parada que hacemos nos pone en peligro —señaló Boar.

Las fracturas en el grupo se estaban ensanchando. Era un grupo que lo había arriesgado todo para resistir ante el Imperio, pero cada uno tenía sus propias ideas. Estaban demasiado acostumbrados al peligro y la incertidumbre como para aterrorizarse, pero no estaban contentos.

Ferus se alegró de ver la nave de Ry-Gaul y el crucero de Flame esperándole cuando llegó. Esta reunión tendría que ser rápida. No había forma de saber dónde estaban las fuerzas imperiales en ese momento, sólo que seguían su progreso a través de la galaxia. Una parada corta no causaría mucha alarma; algo prolongado podría hacer que lo investigaran.

Les hizo una señal a Ry-Gaul, a Solace, y a Flame para que se unieran a él. —Tenemos problemas —dijo él—. Estoy seguro de que hay un informante a bordo de mi nave. Hay un rastreador colocado en el motor de mi nave. He colocado un disruptor de rastreo de momento. Eso engañará a quienquiera que nos esté rastreando, pero no por mucho tiempo.

Ry-Gaul no reaccionó. Nunca lo hacía. Solace entrecerró los ojos, y Flame parecía conmovida. —Eso es imposible —dijo ella—. Todos ellos son héroes.

—Eso pensábamos —dijo Ferus.

Solace sacudió su cabeza. —Eso significa que el Imperio conoce la existencia de Golpe Lunar.

—No importa si lo saben —dijo Ferus—. Sólo importa si averiguan quién está implicado. Ninguno de los miembros se conocía antes de este viaje.

—¿Cuál fue el intervalo durante el que estuviste fuera de la cabina? —preguntó Ry-Gaul—. ¿Tienes alguna idea de quién lo hizo?

Ferus negó con la cabeza. —Ese es el problema, no puedo descubrirlo.

—No podemos dejar que esto descarrile la reunión —dijo Flame—. Les prometí a todos pasaje seguro —unió las manos—. ¡Esto es un desastre!

—Bien, no podemos llevarles hasta el asteroide —dijo Solace—. Eso está claro. Ry-Gaul, revisemos nuestras naves sólo para asegurarnos. —Ry-Gaul asintió con un movimiento corto. A Ferus le parecía que Ry-Gaul tenía algo que quería decir, pero él no estaba listo para decirlo, así que decidió preguntárselo en privado.

Solace y Ry-Gaul fueron a revisar las naves mientras Flame se volvió hacia Ferus. —¿Quién crees que es? —preguntó ella—. Debes tener algunas sospechas.

—No —dijo Ferus—. Boar Benu no ha dejado de discutir... sospechando de todo lo que hago. Podría ser una forma de quitarse de encima las sospechas.

Flame asintió lentamente. —Estuvo en una prisión imperial durante un tiempo. Pudieron haberle cogido allí.

—Esa no es una razón para sospechar de él —dijo Ferus—. Yo he estado en una prisión imperial. Dos veces.

—Si Ry-Gaul y Solace descubren que sus naves están limpias, tal vez deberíamos cargar a todos los miembros —menos los que llevabas en tu nave— en una sola nave —sugirió Flame—. Dame las coordenadas y yo les llevaré al asteroide. Los Jedi pueden quedarse y colocar una trampa.

—No es un mal plan, pero esperemos y veamos lo que proponen Ry-Gaul y Solace —dijo Ferus.

Ry-Gaul y Solace regresaron. —Mi nave está limpia —informó Solace.

—La mía también —dijo Ry-Gaul.

—Flame propone que ella se llevará a la mayoría del grupo hasta que descubramos quién es el espía —dijo Ferus.

—Hemos llegado tan lejos —dijo Flame—. No podemos detenernos ahora.

—Creo que uno de nosotros debería coger mi nave y debería guiarles en una búsqueda sin sentido —dijo Ferus—. Eso nos conseguiría tiempo.

—Ry-Gaul, tal vez deberías hacer eso —dijo Solace—. Puedes dejar la nave en un planeta remoto, con el rastreador activado. Entonces Flame llevará a los líderes de la resistencia, te recogerá y seguirá adelante. Pero primeros, tenemos que atrapar al espía.

Ry-Gaul habló por primera vez. —Los líderes deben estar inquietándose. Solace, Flame, ¿por qué no vais a ver si pueden tranquilizarles?.

Las dos fueron hacia las otras dos naves. Ferus se volvió hacia Ry-Gaul. —¿Solace siendo diplomática? Debes estar bromeando.

—Quería hablar contigo a solas —los ojos plateados de Ry-Gaul quedaron fijos en Flame mientras ella se alejaba—. Estas asumiendo que el rastreador fue colocado a bordo mientras estabas ausente buscando la pieza nueva —comenzó Ry-Gaul.

—Esa fue la única vez que dejé la cabina —dijo Ferus.

—Estás haciendo una suposición.

Ferus pensó por un momento. Le llevó varios segundos alcanzar a Ry-Gaul. —Estoy suponiendo que el rastreador fue colocado después de conseguir la nave. Pero pudimos haber conseguido la nave con el trazador a bordo y activado

Ry-Gaul no dijo ni una palabra. Dejó que Ferus lo descubriera. —Pero eso significaría que el Imperio sabía que cogeríamos la nave. Y la única manera de que lo supiera sería... —Ferus sintió que se quedaba sin aliento—. Que Flame fuese un espía imperial.

—Es una posibilidad que no deberíamos pasar por alto —dijo Ry-Gaul—. Ella fue la que nos proporcionó las naves. Casi pareció demasiado fácil, si piensas en ello.

Ferus sintió que una furia sorprendente le recorría desde las suelas de sus botas hasta la cabeza. Estaba cansado de quizás e incertidumbres. Estaba furioso por encontrarse en esa encrucijada. Estaban a merced de una persona que estaba atrasando la finalización de un plan intrincado. Sintió como aumentaba su cólera, y esta vez no se apartó de ella. El Holocrón Sith le susurró algo que tenía sentido.

Deja salir tu cólera, es el momento: cuando estés frustrado, usa tu cólera.

—Hay una forma de averiguar quién es —dijo Ferus—. Ponlos en fila. Amenaza con matarlos a todos si uno de ellos no confiesa ser el espía.

Ry-Gaul parecía alarmado. Ferus se dio cuenta de que el pensamiento de su cabeza había salido al exterior. Era uno de esos pensamientos que no comprendía, uno de esos que no parecían provenir de él. Ry-Gaul se centró en él, examinándole a conciencia de una forma que ponía furioso a Ferus. ¿Cómo no podía saber que la cólera era un arma como cualquier otra?

Porque los Jedi son débiles.

Por eso les destruimos tan fácilmente.

Nunca lo vieron venir.

Ferus se alejó. Puso sus manos en el Holocrón. Por fin estaba listo. Allí, en esta luna deshabitada, en mitad de la galaxia, en mitad de la incertidumbre.

Escondido detrás de la nave, sacó el Holocrón Sith de su túnica y lo activo. Las imágenes se abalanzaron sobre él, una ráfaga de conocimiento que parecía ser absorbida antes de ser registrada. Cosas terribles, cosas fascinantes, cosas que hicieron que su estómago se revolviese. No sabía cuánto tiempo estuvo mirando; le parecieron horas. Tuvo que obligarse a apartarse. Necesitó toda su fuerza.

Sólo habían sido unos segundos.

Parpadeó. Había visto demasiado para procesarlo, pero sabía que había cambiado. Ahora sentía la mano del Emperador en él.

Ry-Gaul apareció de repente frente a él. —Sentí algo... el Lado Oscuro de la Fuerza. ¿Ferus?

Se recompuso. No debía dejar que Ry-Gaul lo supiera. Se volvió para encararse con el Jedi más mayor. Vio los ojos plateados agobiados por las preocupaciones, la barba incipiente de pelo argénteo. Ry-Gaul le pareció patético de repente, no fuerte.

—¿Ferus? —Ry-Gaul entrecerró los ojos.

—El espía es Flame. Estás en lo cierto. —había recibido un atisbo de corazones oscuros, y reconoció a quien pertenecía. Los hechos encajaron en su cabeza, las motivaciones, las astucias.

Ry-Gaul avanzó de repente y le agarró por los hombros. —Olvidate del espía. Siento el Lado Oscuro de la Fuerza. No de Flame, amigo mío: de ti.

—Dime algo —contestó Ferus—. ¿Por qué es tan malo usar la ira? "Siente tu ira, déjala ir" —se burló—. ¿Qué ha hecho esa filosofía por los Jedi? ¿A dónde nos ha llevado... aparte de aquí? —extendió los brazos para abarcar la rocosa luna desolada, las naves, la evidencia de estar siendo cazados, la evidencia de su exilio.

Ry-Gaul dejó caer sus manos. —Los Jedi cometimos muchos errores. Fuimos... engañados.

—¿Engañados? ¡Los niños son engañados! ¡Los Jedi perdieron la galaxia!

—La galaxia no era nuestra para perderla.

— ¡Nos destruyeron y nunca lo vimos venir!

—Ferus —Ry-Gaul pronunció su nombre con angustia—. Actuar con la ira como impulso nunca es la manera.

—Es la única manera. ¡Es lo único que nos queda! —Ferus dio un paso atrás—. No seré derribado. No seré cazado. Voy a encargarme de esto ahora mismo.

Se apartó. Podía sentir a Ry-Gaul detrás de él. Cerca, demasiado cerca. Asustado de lo que podía hacer.

Encontró a Flame junto a Solace y Trever, con las cabezas juntas, discutiendo su siguiente movimiento.

—Es Flame —dijo Ferus. ¿Por qué molestarse con preliminares?—. Ella es el espía.

Solace no mostró su sorpresa. Miró a Ry-Gaul buscando confirmación.

Trever sacudió la cabeza. —Estás loco, Ferus. ¿De qué estás hablando? Ella organizó todo esto. Ella inició Golpe Lunar.

—Exactamente —dijo Ferus—. ¿Qué mejor manera de deshacerse de los movimientos efectivos de resistencia al principio que reuniéndolos en un lugar y destruyéndolos?

—No tienes mucho que decir, Flame —dijo Solace.

—No creo que Ferus me escuche —dijo ella—. Creo que la acusación es ridícula, por supuesto. He estado luchando con vosotros, hombro con hombro. Me dispararon en Bellassa rescatando a Amie Antin.

— ¡Eso es cierto, Ferus! —dijo Trever.

—Sí, recibiste una herida de desintegrador durante la operación —dijo Ferus—. Debes haber estado furiosa. No sabías la extensión completa del plan, sólo que íbamos a rescatar a Amie. Fue una forma perfecta de probar tu lealtad a los Once. Necesitabas que Wil y Amie se uniesen a Golpe Lunar, y esa era la única forma de asegurar que se unirían.

—Cuéntales lo de Roshana, Trever —dijo Flame. Su voz era firme.

—Nos llevó a través de fuego intenso —dijo Trever—. Arriesgó su vida para salvar a la delegación roshana. Y aterrizó la nave y se ofreció a salir primero, para asegurarse de que era seguro. Fui con ella...

—Y los cazas imperiales aparecieron y volaron la nave antes de que los roshanos pudiesen salir —dijo Ferus.

— ¡Eso no fue culpa suya! ¡No había cazas en las pantallas de los sensores! Y ella se quedó conmigo y me ayudó en Roshana, incluso mientras toda la ciudad capital ardía. Ella nos encontró comida, y refugio, y nos mantuvo a salvo. Y entonces encontró a la resistencia y se reunió con ellos— —Trever vaciló

—Sí, encontró a la resistencia, ¿verdad? —alentó Ferus—. Los reunió, tal vez incluso les ayudó a establecerse. Sólo que funcionó un poco demasiado bien, ¿no es así? Los roshanos resultaron ofrecer una resistencia asombrosa, una lucha que nadie había esperado, y Vader no quería otra Bellassa en sus manos. Así que ella organizó una reunión y le dijo al Imperio dónde sería—

— ¡Pero ella estaba allí también! ¡Todos nos quedamos atrapados cuando volaron el edificio! Ella salvó mi vida —dijo Trever desesperadamente—. Me introdujo en un hueco debajo del suelo.

—Las cosas salen mal a veces —dijo Ferus—. La orden de atacar es dada unos segundos antes. Sin duda había pensado estar fuera de allí antes de que ocurriese. Dejándote, muy probablemente.

—No —Trever sacudió la cabeza tercamente.

—Trever, ¿no lo ves? —Ahora estaba todo muy claro para Ferus. Conocía la forma en la que pensaba Vader, y no tenía ninguna duda de que Vader dirigía esta operación—. Ella siempre está en el centro de la batalla pero nunca es herida. Ella los trajo a todos y les prometió seguridad y nos reclutó. Todo este tiempo, estaba llevándonos hacia donde quería. ¿Cómo crees que el Imperio descubrió el Callejón del Maleante?

—No —susurró Trever. Sacudió la cabeza otra vez, más vehementemente que antes. —Ella no puede haberlo hecho.

—Eso era parte de Crepúsculo. La operación que no pudimos descubrir. Es un golpe contra todos los líderes más poderosos de la resistencia al mismo tiempo. ¡Él aplastará la rebelión antes de que tenga posibilidad de empezar! Y usó a Flame para hacerlo.

El comunicador de Solace sonó, y ella se apartó. Escuchó durante algunos minutos.

Cuando regresó, su cara estaba seria. —Eran Clive y Astri. Han estado siguiendo el rastro de Flame desde hace algún tiempo. Clive sospechaba de ella. Han descubierto su verdadero nombre. Eve Yarrow. Es un agente imperial.

La cara de Flame se oscureció. — ¡No es cierto! —Ahora por fin empezaba a desmoronarse—. ¡Mentirosos!

— ¿Qué deberíamos hacer ahora? —preguntó Solace quedamente.

Ferus sintió una oleada de poder. El Holocrón Sith quemaba su piel, pero él disfrutó de la sensación de estar quemándose. Sintió una oscuridad a su alrededor, una cosa resplandeciente y bella.

—Ejecutarla —dijo él.

CAPÍTULO ONCE

—Al menos avisamos a Ferus sobre Eve —dijo Clive.

— ¿Qué dijo Solace? —Astri mantuvo los ojos en la pantalla de navegación. Se habían topado con un control rutinario y estaban alineados en una pista de aterrizaje del espaciopuerto. Los cazas imperiales zumbaban en lo alto, asegurándose de que nadie despegaba.

Era una situación tensa, pero se habían preparado para ella. En el último espaciopuerto Clive había usado equipo imperial para crear un nuevo perfil de identidad y un nuevo registro.

— ¿Quién, la Señora Parlanchina? Nada. Sólo dijo "entiendo". Y cortó la comunicación. Estaba con Ferus y con Flame, así que Flame está atrapada, sin duda. La pregunta es, ¿qué hacemos ahora?

—Vader mencionó el sistema Bepin —dijo Astri—. Podríamos dirigirnos hasta allí y ver lo que podemos averiguar.

—Es un largo camino sólo para echar un vistazo —dijo Clive—. No tenemos ninguna información clara con la que guiarnos. Todavía no sabemos qué es Crepúsculo —observó la cara de Astri. Comenzaba a poder leerla—. No te culpes por lo que sucedió en el espaciopuerto —dijo él—. No podías dispararle. Eso es algo bueno. Y escapamos.

—Fue un fallo de carácter —dijo Astri—. Podía haber comprometido todo. Tenía mi desintegrador apuntándole, pero no pude dispararle directamente.

—Tal vez no estamos hechos para ser espías. Mira, podemos luchar contra el Imperio con todo lo que tenemos, pero no tenemos que convertirnos en ellos.

Astri clavó los ojos en la pantalla de navegación pero estaba rememorando la escena en el espaciopuerto. El oficial Imperial, mirándola. Ella, apuntándole con el desintegrador. Todo lo que ella podía ver eran sus ojos, jóvenes y asustados.

Había movido el desintegrador sólo un par de milímetros y había destrozado su ordenador en su lugar. El oficial había saltado hacia atrás, buscando su desintegrador, y ella se había movido hacia adelante rápidamente y había colocado a su desintegrador contra su cabeza. —El próximo es para ti si te mueves —había dicho ella. Puso toda su voluntad en las palabras, pero había sabido desde el comienzo que estaban vacías.

Entonces había llegado Clive. Habían cogido el desintegrador y el comunicador del oficial, y había destruido el resto del equipo de comunicaciones. Les proporcionó tiempo. Pero sabían que la siguiente nave que aterrizase le daría acceso a un sistema de comunicación.

—Ya nos buscan por robar el crucero —dijo Clive mientras dejaban el planeta—. Así que ahora seremos doblemente buscados. Destruir un sistema informático imperial debería conseguirnos un par de años en prisión, sin duda.

Astri deseaba saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar siendo una combatiente de la resistencia. Sabía que no estaba dispuesta a matar. No, Clive estaba en lo cierto. No quería convertirse en ellos. No quería perder de vista quién era ella.

Miró la pantalla, esperando que apareciese su número y les dejarasen marchar. Ninguna nave había despegado desde hacía algún rato. —Algo va mal —dijo ella—. La línea debería estar avanzando más rápido.

—Deja que lo compruebe —dijo Clive. Bajó por la rampa y salió del transporte, entonces se desvió hacia un grupo de pilotos que estaban hablando.

— ¿Qué pasa compañeros? —preguntó él—. ¿Alguien sabe a qué viene el retraso?

Un pequeño piloto gordito vestido con un traje de vuelo grasiento bufó. — ¿Crees que nos dicen algo?

—Lo que no entiendo es que han comprobado todas las naves que hay en tierra —dijo otro piloto—. Uno pensaría que nos dejarían partir.

—O que nos dejarían aparcar en el hangar y esperar en la cantina —dijo un piloto alto y delgado.

—Os diré lo que pasa, si queréis saber mi opinión —dijo el segundo piloto—. Ya he visto esto antes. Nos retienen a todos aquí porque están esperando a que llegue algún alto cargo imperial. Recordad lo que os digo: quieren arrestar a alguien, pero no hay nadie lo suficientemente importante como para hacer el trabajo.

— ¿Así que nos hemos estado asando bajo estos tres soles mientras esperamos algún alto cargo? —el piloto gordito dejó escapar un soplo un aire, exasperado—. Tengo una bodega de carga llena de dátiles de primera calidad de Nantuker que se están echando a perder mientras hablamos. Dejadme que os diga que está siendo un maldito crepúsculo bastante largo.

Clive se alejó, sin dejar que su paso delatase su preocupación. Echó un vistazo a los oficiales imperiales en la oficina de control. Ciertamente no parecían demasiado ocupados. Estaban esperando. En un pequeño grupo de edificios había un centro de detención, una palabra elegante para prisión. Esperaba no encontrarse dentro.

Subió por la rampa y le dijo a Astri las noticias. —Me temo que las personas que esperan arrestar somos nosotros —dijo él—. Tenemos que pensar en un plan.

—Es una estación espacial —dijo Astri—. No tenemos a dónde ir. Y mira todos esos cazas TIE volando por encima. No podemos sobrepasarlos.

Una nave Imperial apareció en el cielo. Descendió y aterrizó delante de la línea de vehículos espaciales.

—Esto no es bueno —dijo Astri mientras emergía una figura encapuchada—. Es un Inquisidor.

—Apostaría a que es Hydra —dijo Clive—. Concuerda con la descripción de Ferus.

—Sabe que estamos aquí —dijo Astri.

—Sólo hay una forma de escapar de aquí —dijo Clive—. A bordo de su nave.

— ¿Robar la nave de un Inquisidor? —preguntó Astri—. ¿Cómo vamos a hacer eso?

—Con mucho cuidado —contestó Clive.

* * *

En el espaciopuerto empezó a reinar una cantidad moderada de confusión debido a la presencia de un oficial de alto nivel. Los oficiales se reunieron en el centro de mando intentando impresionarla. Los funcionarios de bajo nivel permanecieron abajo, intentando pasar desapercibidos. Y los espaciantes, pilotos, transportistas, y capitanes

de cargueros estaban furiosos por haber sido retenidos tanto tiempo. Comenzaban a quejarse. En voz alta.

Los pilotos y los pasajeros estaban fuera, en las pistas de aterrizaje de permacreto, arremolinándose y discutiendo el motivo de la retención. Fue fácil para Clive y para Astri pasar inadvertidos entre la multitud, incluso mientras una voz saliendo por los altavoces ordenaba a todo el mundo volver a sus vehículos.

Hydra había aterrizado su vehículo justo delante de un carguero que había sido equipado para transportar pasajeros. La muchedumbre estaba confundida y enfadada, y le proporcionó cobertura a Clive y a Astri para subir a bordo rápidamente de la nave de Hydra. Ella había dejado la rampa bajada con las prisas.

— ¿Cuál es tu plan? —preguntó Astri, mirando con cuidado por la ventanilla. Tropas de asalto con rifles desintegradores comenzaban a tener a la multitud bajo control. Clive y Astri no tenían mucho tiempo—. Sé que tienes un plan. Sólo espero que no implique despegar con aproximadamente cincuenta cazas TIE disparándonos.

—Vamos a salir de aquí como un pájaro libre. —Clive fue rápidamente al camarote pequeño. Abrió una pequeña puerta.

— ¿Ves? Incluso un Inquisidor necesita cambiarse de ropa —le lanzó una túnica de Inquisidor a Astri—. Ponte esto.

Ella le miró. —Tienes que estar bromeando.

—No bromeo cuando tengo a la vista una temporada en prisión, niña.

Astri se puso la túnica y se echó la capucha. Era de la misma altura y tamaño de Hydra, y Clive pensó que ella tenía una buena posibilidad de llevar eso a cabo.

—Dame cinco minutos para ser arrestado —dijo él—. Llevaré un transmisor escondido... esperemos que no lo encuentren. Hydra no va a dejar que esos oficiales se lleven el mérito por el arresto. Va a querer interrogarme. Me llevará a esa celda de detención. Cuando esté solo con ella, espera unos minutos y entonces entra en la oficina central y diles que te den acceso a la celda.

— ¿Qué pasa si no te lleva a la celda de detención? ¿Qué pasa si te sube a bordo de la nave?

—Entonces la retenemos como rehén y escapamos de ese modo.

—Genial —masculló Astri—. Simplemente genial.

Clive empezó a alejarse de la nave, entonces volvió a meter la cabeza dentro. —Y que la Fuerza te acompañe —dijo con una rápida sonrisa.

Salió de la nave de un salto. Astri se pegó contra el parabrisas. Le observó caminar hacia la oficina de control como si no tuviese ninguna preocupación en el mundo.

Escuchó su voz a través del transmisor. Preguntó cuándo podría despegar. Entonces escuchó ruido de botas y a Clive diciendo, —Hey, compañero, eso no es necesario, esperaré mi turno.

Y una voz, baja y clara. —Arrestadle.

—Arrestadle —dijo Astri en voz alta, intentando imitar esa voz.

Clive narró su arresto para que ella supiese dónde estaba. — ¿Dónde me lleváis? No he hecho nada. Oye, todo el mundo vuela con un registro falso algunas veces. Mi crucero no iba a ser inspeccionado, así que yo... ay, una celda de detención no. Esto es cruel.

Astri oyó el sonido inconfundible de las cerraduras de seguridad al cerrarse. Después la voz de Hydra de nuevo.

— ¿Con quién estabas en el espaciopuerto de Dexu-12?

—Con nadie. Estaba solo.

—Corrección. Estabas con una mujer. ¿Qué le ocurrió?

—Me dejó. Las mujeres siempre lo hacen.

—¿Qué estabas haciendo en Niro 11? —preguntó Hydra.

—Operaciones bancarias —contestó Clive—. ¿No es lo único que se puede hacer en Niro 11?

—Si te niegas a contestar te encontrarás con técnicas más persuasivas cuando llegue Lord Vader.

—He contestado, Su Inquisitividad —dijo Clive—. ¿Siguiente pregunta?

Astri comprobó su reflejo en la puerta de duracero.

Descendió por la rampa y se dirigió hacia la oficina de control. Bajo la cobertura de las largas mangas de la túnica cruzó los dedos.

Entró en la oficina de control. El oficial de la consola se sorprendió. —Inquisidora Hydra, pensé que estaba con el prisionero.

—Vuelvo allí ahora. Deme el dispositivo de seguridad de la celda.

—Eso va contra el procedimiento. El prisionero podría arrebatárselo.

—Corrección. Soy la Inquisidora Principal, capitán. Nadie me arrebatada nada. —Astri extendió su mano. Después de un momento de vacilación, el oficial le entregó el dispositivo de seguridad.

—Eso abrirá la celda —le informó el oficial—. Si me necesita, hay una unidad de comunicaciones junto a la puerta con un botón de emergencia.

Ella asintió y se dio la vuelta.

Atravesó el pasillo que conectaba con la puerta de la celda de detención. Se detuvo un momento frente a la puerta. Un armario cerrado contenía algunos rifles desintegradores, esposas aturdidoras, y un lanzador de red aturdidora. Introdujo el número que veía en la puerta en su dispositivo de seguridad. El armario se abrió. Astri cogió el lanzador de red aturdidora. Entonces presionó el botón para abrir la cerradura de la celda y entró.

Hydra estaba de espaldas a la puerta. —Dije que no quería ser molestada.

Astri puso un desintegrador contra su espalda. —Lo siento.

Pasó un brazo alrededor de Hydra y cogió el desintegrador de su cinturón.

—¿Te importa? —Clive le señaló sus esposas aturdidoras. Astri apuntó el dispositivo de seguridad y abrió el cierre.

Hydra le dedicó una pequeña sonrisa heladora. —No lograréis salir de ésta.

Astri activó el lanzador de red aturdidora. La red aturdidora envolvió a Hydra, obligándola a echarse al suelo y atrapándola, haciendo que fuese incapaz de moverse o hablar.

—Corrección —dijo Astri—. Estamos saliendo de ésta.

—Nos gustaría quedarnos y charlar, pero parece que no estás de humor para charlas —Clive cogió la mano de Astri y la apretó—. ¿Lista para hacerme tu prisionero, mi belleza?

Astri le hizo un gesto con su desintegrador. —Ponte delante y yo marcharé detrás.

Ella abrió la puerta de la celda de detención, y salieron... pero no antes de que Clive la manipulase para que nadie pudiese usar la puerta durante un tiempo.

Astri mantuvo su desintegrador apuntado hacia Clive. Ella le guió hasta la oficina exterior.

—Llevo al prisionero a Lord Vader —dijo Astri—. Establezca autorizaciones completas para mi nave.

—De inmediato.

Astri sintió como el sudor le bajaba por sus costados mientras dirigía a Clive hacia el nave. A cada paso esperaba que la mandasen regresar. Pero llegaron hasta la rampa y

subieron a bordo. Ella se lanzó al asiento del piloto y comenzó a hacer las comprobaciones previas.

Clive mantuvo la mirada en el exterior del ventanal. —Hasta ahora, todo bien. ¿No vas a elogiar mi genio?

—Todavía no nos hemos ido. —Astri habló por el comunicador—. Solicitando autorización.

—Autorización concedida.

Ella encendió los motores, y el crucero salió disparado hacia el cielo. Dejaron atrás el espaciopuerto.

—De acuerdo —dijo Astri—. Era un plan genial.

Clive se recostó en el asiento del copiloto. —Mejor tarde que nunca.

CAPÍTULO DOCE

Ferus vio que los Jedi se volvían hacia él asombrados. No le importaba. Se sentía como si estuviera viéndolos desde lejos.

Los ojos de Trever... Realmente no podía afrontar la mirada de Trever.

— ¡No puedes! —la voz de Flame era chillona—. ¡No puedes simplemente... hacerlo!

Los líderes de resistencia, cansados de esperar y sabiendo que algo iba mal, habían salido de los cruceros, y ahora rodeaban a Flame y a los Jedi en un círculo apretado.

— ¿Es un espía imperial?

— ¡Esto es indignante!

— ¡Nos prometió seguridad!

—Estamos a salvo —dijo Solace tajantemente—. Así que centrémonos en qué hacer a continuación.

—Ferus Olin tiene razón —Boar alzó la voz—. No lo apruebo, pero no tenemos alternativa. Ella puede identificarnos a todos. Hay demasiado en juego: debemos ejecutarla.

—Esperad —Flame se lamió los labios—. Podemos negociar.

— ¡No negociamos con traidores! —dijo uno de los líderes.

—Hay un dispositivo de emergencia a bordo de mi nave —dijo Flame—. Conducirá al Imperio hasta vosotros si no lo desmanteláis. Confíad en mí, no lo encontraréis, pues sólo yo sé dónde está. Os están rastreando ahora mismo.

—Podría ser un truco —dijo alguien.

—De acuerdo —dijo Ferus—. Te daremos tu vida si desmantelas el dispositivo.

Flame asintió nerviosamente. Seguida de cerca por los demás, se encaminó hacia su nave.

— ¿Lo decías en serio? —le preguntó Trever a Ferus.

Ferus no estaba seguro. La voz de su interior dijo, ¿Por qué deberías mantener tu palabra?

—Ferus, el Lado Oscuro está obrando en ti —dijo Ry-Gaul—. Solace y yo podemos sentirlo. Debes decirnos qué te está ocurriendo. Has sido agente doble durante demasiado tiempo. ¿Te ha dado el Emperador algo para que se lo guardes?

—No, lo guardo para mí.

—Dijiste que la ejecutarías —continuó Ry-Gaul—. Ese no es el camino del Jedi. Si estas luchando, déjanos saberlo.

—No creas que no podemos entenderlo —dijo Solace—. Hemos vagado por la galaxia desde la Orden 66. Hemos visto y hemos hecho muchas cosas. Fui cazarrecompensas, ¿recuerdas?

—Ambos nos distanciamos de la Fuerza y volvimos de nuevo —dijo Ry-Gaul—. Sólo conecta con la Fuerza. Ella te mostrará el camino. Simplemente conecta.

Ferus vio compasión en sus ojos, no preocupación. Algunos de los velos que nublaban su mente se alzaron. Se sintió regresar. Sintió la Fuerza fluyendo hacia él desde Ry-Gaul y Solace.

Se libró de contestar cuándo Flame regresó con los demás.

—Lo hizo —dijo Boar—. Había un dispositivo escondido en el compartimento de carga. Imposible de encontrar, como ella dijo. Así que ahora debemos perdonarle la vida.

—Te dejaremos aquí con equipo de supervivencia —dijo Solace—. Esta luna no está tan apartada. Hay planes para mapear este cuadrante. Alguien te encontrará con el tiempo.

—¿Realmente vais a dejarme aquí? —preguntó Flame—. ¡No puedo quedarme aquí sola! ¡Trever, no les dejes!

Trever se dio media vuelta.

Los tres Jedi fueron hacia las naves. —Solace tuvo una buena idea —dijo Ry-Gaul—. Cogeré la nave de Ferus y activaré el rastreador. La dejaré en un espaciopuerto abarrotado y me trasladaré a la nave de Solace. Entonces podemos dirigirnos hacia el asteroide.

Ferus sintió que su cabeza se aclaraba. La distancia entre él y los demás no parecía tan ancha. Sacó fuerzas de la Fuerza Viva que podía sentir en Ry-Gaul y Solace. Sacudió la cabeza, intentando permanecer con ellos, todo él, su corazón y su mente. Intentó captar el conocimiento que sentía que había obtenido sin dejar que eso le absorbiera. Había mirado dentro de la mente de un Sith, y sentía que ahora sabía mejor cómo funcionaba.

—Vader tendrá un plan de emergencia —dijo él—. No sólo el de la nave de Flame. Él tendría algo más, alguna otra forma de rastrearnos. Solace, nos contaste que Clive dijo que Vader se dirigía hacia un punto de emergencia. Creo que Flame le dejó allí un mensaje a Vader. Ahora sólo está fingiendo estar asustada. Ella sabe que Vader la encontrará. Tengo que llegar a ese mensaje antes de que él lo haga. Así que no vayáis al asteroide hasta que recibáis mi indicación de que todo está despejado.

—¿Pero cómo sabes dónde está el punto de emergencia? —preguntó Trever.

—¿El sistema Bepin? —preguntó Solace dudosamente—. Eso es un lugar terriblemente grande.

Ferus negó con la cabeza. —El lugar tiene que ser más central que eso. Ella no habría tenido tiempo de llegar a Bepin y volver a Coruscant para dejarle un mensaje. Tengo una idea.

—Quiero ir contigo —dijo Trever.

Ferus vaciló. Una parte de él no quería a Trever con él. No podía olvidar la mirada en la cara de Trever cuando pensaba que Ferus ejecutaría a Flame. Si tenía que acceder al Lado Oscuro de la Fuerza otra vez, no quería que Trever lo viera.

Aún así, no podía pensar una razón para negarse. Y una parte de él, la parte que todavía era un Jedi, quería a Trever con él. Tal vez si iba demasiado lejos, Trever podría salvarle de sí mismo.

Asintió brevemente.

—¿A dónde vamos, de todas formas? —preguntó Trever.

—De vuelta a Coruscant.

Se despidieron. Ferus pudo ver la preocupación en los ojos de Ry-Gaul y de Solace cuando se marchó. Él les dio la espalda, para no verla.

Entonces se dio la vuelta otra vez. No quiso dejarlos así. Sus miradas seguían fijas en él.

—No os fallaré —dijo él—. Debéis confiar en mí.

—Confía en la Fuerza —dijo Ry-Gaul—. Te sostendrá. Conecta.

* * *

En el espacio profundo, las estrellas ardían y caían. Trever sintió como si el futuro estuviese abalanzándose sobre él. Lo que quiera que fuese a ocurrir parecía inevitable. Parecía que no podía dar media vuelta. Debía acompañar a Ferus, dondequiera que él fuera, sin importar lo que tuviese que hacer.

Mirando la cara de Ferus, sintió la diferencia en él. No era sólo que el humor hubiese desaparecido. Algo que solía fluir entre ellos ahora estaba obstruido. Vino a través a las veces extrañas, momentos de ocio. Trever deseaba poder agarrar a Ferus por los hombros y sacudirle hasta sacar al viejo Ferus otra vez.

— ¿Vas a informarme? —preguntó Trever—. ¿Dónde está el punto secreto?

— ¿Recuerdas ese día que me dijiste que habías visto el Templo en ruinas, y lo triste que te habías sentido? —preguntó Ferus.

Trever asintió. —Ahora que conozco a los Jedi, es una situación triste y desagradable.

—También viste a Flame ese día.

—Cierto. Se sorprendió al verme. Dijo que acababa de ver a Bail Organa. O algo así.

—Bail Organa estaba de camino a Alderaan esa mañana —dijo Ferus—. Podría haber estado allí antes.

—Después de que el escondite de Dex fuese asaltado... cuando pensé que todo el mundo estaba muerto... Ry-Gaul y yo la vimos sentada en un café. Cuando ella nos vio, dijo qué estaba muy aliviada. Pero... cuando pienso en ello, no recuerdo alivio. Sólo sorpresa —Trever sintió la tensión en su voz—. ¿Crees que quería que yo muriese ese día?

—Creo que es posible, ciertamente el asalto iba dirigido hacia Ry-Gaul. Flame no tenía forma de saber que estabais rescatando a Linna Naltree.

— ¿Entonces crees que el punto secreto está en el Templo? —preguntó Trever—. ¿Por qué?

Ferus giró su asiento para mirar a Trever. La nave estaba en piloto automático. —Había un compañero estudiante en el Templo cuando yo estaba allí. Le conocía bien, aunque no éramos amigos. Uno de sus lugares favoritos para retirarse era la Sala de Mapas. Todo el mundo lo sabía.

—De acuerdo —dijo Trever—. Pero el Templo está destruido. ¿Y qué tiene eso que ver con Vader?

—La Sala de Mapas todavía está intacta —dijo Ferus—. Lo vi cuándo nos colamos en el Templo. Y ese Padawan se convirtió en un gran Jedi. Y entonces se convirtió en Darth Vader.

— ¿Quieres decir que conociste a Vader cuando era joven?

Ferus asintió. —Ahora que lo sé, sé otras cosas sobre él, cosas que puedo usar.

—Guau, volvamos a velocidad normal. Estás yendo demasiado rápido para mí. ¿Dices que vas a enfrentarte a él otra vez?

En lugar de contestar, Ferus se volvió hacia el panel de instrumentos. —Ahora mismo estoy centrado en mantener Golpe Lunar en marcha. La mejor venganza sería

darle la vuelta a todo esto. Iniciar una rebelión a partir de una trampa que el Imperio creó para destruir una.

Trever se recostó en su asiento con una tranquilidad que no sentía. —Antes, en esa luna... cuando descubrimos que Flame era un agente imperial... dijiste que la ejecutarías porque estabas tratando de presionarla. Quiero decir, no lo habrían hecho, ¿verdad?

Ferus se dio media vuelta, sin responder. Oía la pregunta como un ritmo en su sangre. ¿Qué haría, hasta dónde iría?, ¿podría haber matado a Flame?

¿Fue esto lo que te sucedió, Anakin? ¿Sentiste que te dividías? ¿Parecían las caras de esos por los que te preocupabas estar hablándote desde lejos? ¿Sentiste crecer tu cólera, y te sentiste bien haciendo que aumentara? ¿Pensaste que tenías razón... y que ellos estaban en tu camino?

¿Escuchaste la voz de un Sith en tu cabeza y pensaste que era tuya?

CAPÍTULO TRECE

El Templo en ruinas ocupaba su visión. Ferus se sentía extrañamente en calma. Había empezado allí, el viaje de su vida. Había llegado allí como un bebé. Se había marchado de allí como un joven, dolido en lo más hondo. Había regresado para encontrar que todo lo que había amado había sido destruido.

Y ahora allí estaba otra vez. Podría sentir la Fuerza allí como si fuese llevada en el viento. Pero el viento era parte de la Fuerza, tanto como las nubes, el sol y los millones de seres que habitaban ese planeta. No debía olvidar eso. No debía ver sólo corrupción y decadencia. Eso era lo que el Emperador quería que viese.

—Quiero entrar contigo.

—No, Trever. Voy a ir solo —Ferus ni siquiera puso intención en las palabras. De ninguna manera pondría a Trever en peligro.

Por lo menos puede ahorrarle esto.

—La seguridad no es tan estrecha ahora que el Imperio no está utilizando el Templo —dijo él—. Entraré, veré si estoy en lo cierto, comprobaré si hay un mensaje. Entonces me marcharé —se volvió hacia Trever—. Nada de discusiones. Sólo espérame aquí.

Dejó a Trever y trazó un círculo hasta la base del Templo. Vio la piedra desmoronada de las terrazas en ruinas. Allí —justo encima de él— lo que una vez había sido transpariacero había sido hecho pedazos. Se había añadido plastoide en la abertura como un torpe apaño, pero había espacio para colarse. Con la ayuda de un sable láser.

El plastoide se despegó silenciosamente. Él se deslizó dentro. Supo dónde estaba inmediatamente. El Templo era parte de él, cada cámara, cada pasillo.

Estaba en el centro de una habitación en ruinas. Por un momento se permitió el lujo de recordar. La sala del desayuno. Un espacio más pequeño y más íntimo donde algunas veces a los Padawans se les permitía compartir la comida de la mañana con los Maestros Jedi residentes. Fue escogida por su luz matinal, por supuesto. Y la luz —Ferus cerró los ojos, recordando, tan espesa y dorada como la mantequilla de sus platos, entrando a raudales para calentar dedos todavía helados por el frío de los ejercicios matutinos. En los días finos el transpariacero se deslizaba dentro de los techos y la sala se llenaba de aire fresco.

Recordó sus dedos enroscándose alrededor de una gruesa taza de té caliente. Los olores de gruesas rebanadas de pan, frito en mantequilla dulce y sirope. Fruta apilada sobre platos de servicio. Los Maestros Jedi, relajados en sus asientos, sonriendo a sus estudiantes. Y el día por delante, lleno de estudio y actividad, con meditación, con juegos.

Esto era lo que habían destruido.

Atravesó la sala, las cenizas crujían bajo sus botas.

Fuera, en el pasillo giró una esquina y se encontró en el grandioso atrio, de altura imponente. Las enormes ventanas estaban tapiadas. Las piedras estaban ennegrecidas y llenas de agujeros. Aún así, a pesar de lo diferente que era, conocía el camino, incluso en la oscuridad.

Avanzó suavemente, sin hacer ruido. No podía sentir ningún rastro de la Fuerza Viva allí. Dejó que su cólera surgiese, dejándola descansar dentro de su pecho. Podía sacarla cuando la necesitara. El Emperador le había enseñado eso.

Los turboascensores habían sido desactivados, así que tuvo que ascender por la escalera que giraba a través de uno de los capiteles, hasta la Sala de Mapas. Las paredes estaban medio destruidas. El suelo estaba desnivelado, con profundos agujeros abiertos en la piedra. Ferus miró a través de uno y vio el suelo del atrio, centenares de metros por debajo. Pero cuando pasó su mano sobre el sensor el mapa holográfico de la galaxia cobró vida.

Anakin se había sentado allí dentro durante horas algunas veces. Todos lo habían sabido, y todos le habían dejado solo. Tenía la capacidad de enviar sistemas enteros dando vueltas, aprender de memoria detalles sobre el lenguaje, la atmósfera, minerales, historia, geografía... y después enviar otro sistema dando vueltas, y después otro, y después otro y otro y otro... y guardar todos los datos en su cabeza, y recordarlos.

Había tenido tanto talento.

El Elegido.

Ferus pasó entre los mapas holográficos, a través de cortinas de información, esquemas, palabras e imágenes. Azul claro, rojo, dorado, verde... toda la galaxia se arremolinaba alrededor de su cabeza. Atravesó el despliegue hasta el sistema Bepin. Accedió al planeta con su atmósfera gaseosa.

Aparecieron los datos: idioma, geografía, propiedades químicas. Tocó la gruesa nube de gas con su dedo. El mensaje apareció.

No coordenadas de asteroide. Rastreador instalado en dos naves. Tres naves en total. Silencio en comunicaciones. Dispositivo de emergencia en bota. Se activará si es necesario.

Y entonces las coordenadas parpadeantes de donde Flame esperaba. Él había estado en lo cierto. Ella había tenido un último truco bajo la manga. Sabiendo que Vader iría allí y vería dónde estaba. Borró las coordenadas.

Su peor miedo —que de alguna forma hubiese descubierto la posición del asteroide, y la hubiese comunicado— era infundado. La reunión podría tener lugar.

Apagó el sistema.

Vader no había estado allí todavía. Le había ganado ahí. Vader habría borrado el mensaje.

Ferus cogió la escalera hasta el nivel principal, rodeando el capitel hasta que llegó al primer piso. Salió al gran vestíbulo, con la mano en el comunicador, listo para enviarle el mensaje a Solace.

Le sintió un instante antes de verle, caminando por el vestíbulo central, como si el Templo estuviese todavía en pie como lo había estado, como si lo que le rodease fuese todavía noble, todavía bello. Sus botas resonaban en la piedra agujereada y ennegrecida. Caminaba como si el Templo le perteneciera.

Él cree que le pertenece.

Vader le vio.

Se detuvieron. Desde cada extremo del vasto vestíbulo, lleno de ecos del pasado, se miraron el uno al otro.

CAPÍTULO CATORCE

Solace acechaba en los bordes de la tormenta atmosférica. Era un buen lugar para esconderse. Los cambios de gravedad lanzaban pequeños asteroides como piedras en la mano de un niño. No era tan malo como lo sería una vez que volase por el centro de la tormenta, pero hacía las cosas interesantes mientras esperaban. Ry-Gaul estaba sentado en el asiento del copiloto. Habían dejado la nave de Ferus en un planeta del Borde Medio. Esperaba que las fuerzas imperiales estuvieran dirigiéndose hacia allí.

Se acercaba el final. Ella se había unido a Ferus a regañadientes. Después de que su colonia en la superficie de Coruscant hubiese sido asaltada, había sentido que no tenía un propósito en la vida. Ferus le había ofrecido una causa, y eso había sido irresistible. Después de la Orden 66, había prometido no volver a confiar otra vez. Pero Ferus había hecho que se involucrara. Le había parecido familiar unirse a ese grupo, héroes en su mente, Dex Jettster, Curran, Keets, Oryon, y por supuesto Trever. No tan participante —ella no era muy habladora— como simplemente formando parte.

Ahora habían alcanzado su objetivo. Habían intervenido en el inicio de una rebelión. Solace estaba segura de que Ferus tendría un nuevo reto después de este. Ferus: estaba preocupada por él, y a ella no le gustaba preocuparse por nadie. Ferus había perdido algo. Su trabajo como agente doble le había comprometido. Tanto ella como Ry-Gaul podían sentirlo. Esperaba que encontrase su camino de vuelta.

El canal de emergencia parpadeó. Solace se inclinó hacia adelante, su corazón latiendo a toda velocidad, y accedió a la unidad de comunicaciones. Era Toma.

—Ferus envió un mensaje. Todo despejado, podéis traer a los líderes de la resistencia. El rastreador de tormentas dice que la tormenta se intensificará en pocas horas. Lo suficiente como para destrozarse una nave. Venid inmediatamente.

—Recibido —dijo Solace—. Partimos ahora mismo.

Se dirigió hacia el camarote, atestado de pasajeros. Alzaron la mirada, expectantes, sus expresiones eran tranquilas. Ya habían pasado mucho y sabían cómo esperar.

—Tenemos permiso. Voy a volar por la tormenta. Las cosas van a ponerse difíciles —dijo ella—. Usen los arneses para asegurarse a los asientos. Los necesitarán, se lo garantizo, pero no se preocupen, llegaremos al final. A menos que suframos un fallo generalizado de sistemas. Pero esa es una posibilidad muy remota.

Vio que algunos de ellos palidecían. Uno de los líderes se ajustó el arnés más fuerte.

Solace volvió a la cabina para estudiar el mapa del rastreador de tormentas. Se alegró de volar en la nave de Flame. Era rápida y dinámica, pero de construcción sólida. Aunque los cambios de gravedad y los continuos aguaceros de asteroides daban la sensación de caos aparente, era útil detectar patrones antes de entrar. En las partes más intensas de la tormenta, era difícil contar con un instante para comprobar alguna ayuda de navegación.

—He oído lo que decías —dijo Ry-Gaul—. Mencionaste un fallo de sistemas.

Ella se encogió de hombros. —Dije que es probable que no ocurra. Pero la nave está a punto de encontrarse con algunas fuerzas poderosas. Estaba tratando de reconfortarlos sobre sus opciones.

— ¿Esa era tu idea de reconfortar?

Ella amplió el rastreador de tormentas para que fuese más fácil revisarlo durante el viaje.

—Vamos —dijo ella.

La tormenta siempre comenzaba con repentinas bolsas de aire y el aumento de la actividad meteórica. Ese era el momento en el que los pilotos se replanteaban su idea de ahorrarse algunos kilómetros volando por una parte de la tormenta. Ese es el momento en el que se resignaban a un nuevo plan de vuelo y retrasaban la llegada a dondequiera que fuesen.

Solace estableció un curso hacia el corazón de la tormenta.

Las bolsas de aire se volvieron profundas y malvadas. Era inevitable que la nave las golpease y era imposible esquivarlas. Te dejaban sin aire y te incrustaban en el asiento.

Los cambios de gravedad casi quitaron los controles de sus manos. Podía evitar los asteroides más grandes pero ocasionalmente uno pasaría lo suficientemente cerca de la nave como para desviarla del rumbo. Estaba sujetando firmemente los controles, sus manos agarradas con fuerza en la posición correcta, sus ojos esforzándose para ver cada detalle en la vasta y remolinante extensión grisácea.

— ¡Asteroide, lado de babor! —dijo Ry-Gaul, su voz tensa. Ella lo esquivo por escasos metros.

Condujo con extremo cuidado por un campo del asteroide y cayó en una bolsa de aire tan espantosamente profunda que escuchó gritos de miedo desde el camarote. Salió rápidamente de la bolsa y realizó una zambullidura estridente para evitar otra. Asteroides diminutos rociaron los escudos de la nave. Los controles se estremecieron bajo sus manos.

La tormenta estaba empeorando. Solace luchó por mantener la nave estable, las auroras brillaban delante, morado oscuro y naranja y su fulgor iluminaba la cabina.

Estaba empapada de sudor y lanzando una mirada inquieta a los controles de los sistemas cuando Ry-Gaul dijo —El asteroide está justo delante.

Ella aprovechó la oportunidad y aceleró. Sobrepasó un asteroide y se dirigió hacia un satélite de roca tan grande que tenía su propia atmósfera.

Inmediatamente, la nave se alisó... levemente. El viaje todavía era movido, pero ella sintió que tenía el control.

Aterrizó cerca del pequeño grupo de cúpulas de supervivencia de duraplastoide que formaban la base. Toma y Raina salieron de uno de los refugios y fueron hacia ella. Lune salió corriendo, seguido por un Garen Muln más lento. Oryon cubría la retaguardia.

Los líderes de resistencia fueron saliendo en fila sobre piernas temblorosas, contemplando el extraño cielo amarillo, con las corrientes de aire completamente visibles.

—Bienvenidos a nuestra base —dijo Toma—. Que comience la primera reunión de Golpe Lunar.

CAPÍTULO QUINCE

Ferus vio el resplandor del sable láser de Vader mientras él activaba el suyo.

Esto era, entonces: el enfrentamiento final.

Él estaba listo: su furia era hielo y fuego.

Cargó.

Su primer golpe fue desviado con facilidad. Se abalanzó sobre Vader otra vez. Otra vez. Trazando círculos, brincando, saltando, girando. Cada vez que su sable láser iba hacia él, o era rechazado con una sacudida que subía por su brazo, o Vader simplemente no estaba allí.

—Si ni siquiera puedes tocarme, ¿cómo puedes ganar? —preguntó Darth Vader.

Ferus se centró en su cólera. Recordó las palabras de Palpatine.

No hay límite para lo que puedes hacer.

Arremetió de nuevo contra la figura oscura. Esta vez su golpe llegó más cerca. Tocó el borde de la capa de Vader. Olió el material chamuscado.

Ahora, mientras está desequilibrado. ¡Ahora!

—Tal vez simplemente tendré suerte —dijo Ferus—, Anakin.

Vader se abalanzó sobre él con sorprendente rapidez, pero Ferus se apartó con un salto de Fuerza. Todavía sentía que Vader estaba conteniéndose, jugando con él por el momento.

—Así que sabes quién era —dijo Vader—. ¿Crees que eso supondría alguna una diferencia para mí? Anakin Skywalker está muerto.

—¿Fue porque el Consejo no te dejó convertirte en Maestro? Siempre tuviste que luchar contra tu ego, ¿verdad?

—Nunca fue una lucha. Siempre fui el mejor.

— "Mejor" no es un concepto Jedi.

—Ese es el problema con los Jedi.

Ferus aun no estaba cansado, pero sabía que estaba gastando demasiada energía. Estaba conectando con su cólera y peleando mejor de lo que lo había hecho nunca, pero no era suficiente. Tenía que desestabilizar a Vader. Tenía que encontrar la clave.

Tenía todo lo que necesitaba para derrotarle, ¿verdad? Tenía el Holocrón Sith para obtener fuerza, la auténtica identidad de Vader en su mano, su furia. Con esas herramientas, podría conseguirlo. El Emperador le había dicho que podía. Ferus pensó rápidamente. Quería escoger el campo de batalla. Algún lugar que desestabilizara al antiguo Jedi.

Allí —la escalera hasta el capitel del Alto Consejo Jedi. Ferus comenzó a subir. Sabía que Vader le seguiría.

Salió al cuarto circular. Estaba medio derruido, los asientos eran bloques ennegrecidos, el vasto transpariacero estaba hecho pedazos. El viento azotaba a través de la habitación.

El Señor Oscuro entró. El viento agitaba su capa. Se detuvo, con las piernas separadas, listo para la batalla. Esperándola con ansia, Ferus estaba seguro.

—El Emperador no puede protegerte ahora —dijo Vader.

¿Qué más? ¿Qué podía hacer Ferus para desequilibrarle? De repente tuvo un destello de intuición. Recordó lo que le había dicho Keets.

— ¿Qué hay de la Senadora Amidala? —preguntó, apartándose de un salto de Vader. Él le encaró, su sable láser sujeto en una posición ofensiva—. ¿Qué hay de Padmé? ¿Qué sucedió en Mustafar?

Sintió el temblor en Vader. Al fin le había alcanzado.

— ¡No menciones su nombre!

—Pensé que era una mentira, que los Jedi la mataron —Ferus lo entendió de repente, el Holocrón Sith ardía bajo de su túnica—. No lo era. Tú la mataste, ¿verdad? Mataste a la mujer que amabas.

La furia de Vader llenó el cuarto. Ferus podía sentirlo. En lugar de darle la espalda, la tomó y se llenó de ella.

Eso es lo que el Emperador quería decir. Éste es el último paso.

Voló a través del cuarto y esta vez asestó un golpe.

Vader rugió. Fue un aullido de furia, inarticulado, indisciplinado. Completamente diferente de su habitual control helado. La caja de control de su pecho comenzó a echar humo.

Las piedras del suelo se resquebrajaron y fueron arrojadas hacia Ferus. Él las esquivó, rodando y girando. Un mueble ennegrecido voló a través de la sala y se estrelló contra la pared sobre su cabeza.

Cualquier cosa que podía arrancarse del suelo o las paredes se abalanzó sobre él —conductos, escombros, trozos de piedra. Él lo esquivó y serpenteó, atacando y retirándose mientras Vader le golpeaba con todo lo que tenía.

— ¿Cómo la mataste, Anakin? ¿Perdiste el control? ¿La viste morir, Anakin? ¿Por eso querías que Zan Arbor perfeccionase esa droga? ¿Era para ti, Anakin? ¿Para que pudieras olvidarla? ¿Para que pudieras olvidar a tu esposa?

Otro rugido de Vader. Parte del techo se vino abajo. El duracero se deritió, el humo se elevó desde los escombros. Ferus saltó por encima de un agujero en el suelo y atacó a Vader otra vez, pero su sable láser atravesó aire vacío.

La cólera dentro de Ferus era ahora como combustible líquido dentro de él. Estaba alimentándose de la furia de Vader, estaba forzando cada molécula de su cuerpo y sentía cada molécula de la habitación respondiéndole. Todo estaba claro, de bordes afilados. Su cuerpo le obedecía sin vacilación, y su mente estaba centrada. No tenía duda de que podría derrotar a Vader, ninguna.

Y eso era lo que el Lado Oscuro le ofrecía.

Cuando ganase, cuando le derrotase, podría llevar la victoria al Emperador, y podría ser más grande que Darth Vader, más poderoso incluso de lo que había sido el Elegido.

Cargó contra Vader e hizo contacto. Vader esperó una pulsación demasiado larga para desviarle. El golpe hizo estremecer su armadura corporal. Algo en el interior se fundió y el plastoide se deritió. Ferus podía oler los circuitos quemándose. Al mismo tiempo, detectó un pequeño temblor en el brazo de Vader.

De repente fue alzado y empotrado contra el muro. Luchó por agarrarse a su conciencia.

—No... seas... arrogante —dijo Vader.

Ferus se alejó rodando del golpe que siguió, escapando por los pelos. Alzó la mirada. Por un momento Vader fue sólo una forma en un lateral de la sala. Por un momento, un efecto óptico o de la luz, vio la habitación como había sido. Los asientos estaban restaurados, el tráfico aéreo exterior destellando, la potente energía de la Fuerza llenando el cuarto porque los Maestros Jedi seguían vivos.

Ferus sintió que le invadía, la sensación de paz y de luz.

¡No, apártalo! ¡Escúchanos! ¡Podías haber sido un gran Caballero Jedi, y te dejaron marchar! ¡Nunca te apreciaron!

Era cierto, ¿verdad? Ferus se vio como Padawan, delante de los maestros. Haciéndose responsable de algo que no era culpa suya. El sable láser de Tru. Él lo había arreglado en secreto...

Recordó ese día. Recordó la compasión en esa habitación.

Otra visión llegó a él, de sí mismo como Padawan, aceptando la responsabilidad de lo que había hecho. Los Maestros Jedi afligidos, mostrándole los dos caminos que podía tomar. Pudo haberse quedado, pero eligió marcharse.

Su elección.

La sala regresó a su estado en ruinas. Estaba agachado, respirando con dificultad.

Conecta.

La Fuerza estaba todavía allí en las antiguas piedras.

Las historias de todos los Jedi que había vivido y había muerto allí, también estaban ahí. Su historia estaba ahí. No tan distinguida como la mayoría, más corta que muchas, pero suya. Había seguido el camino todo lo que pudo, tan bien como pudo, y los Maestros nunca le habían pedido más que eso.

Sintió la sabiduría de los Maestros dentro de él, y agarró esa sensación con sus manos y dejó que llenara su corazón. Se levantó. No tenía duda de que se habían alzado y le habían tocado. Muchas manos en su hombro, mostrándole. Aquí hay un camino. Aquí hay otro: elige.

Había llegado tan cerca.

Salió del Lado Oscuro y entró en la luz.

Soy un Jedi.

Ahora sabía con absoluta certeza que tenía que deshacerse del Holocrón Sith. Le había ido envenenando lentamente. Había sido un tonto por pensar que podría tomar lo que quisiera y no ser corrompido. Había caído en la trampa del Emperador. Casi.

Dio un salto de Fuerza hacia Vader, sorprendiéndole, y dejándose caer por el agujero del suelo. Escuchó la risa ahogada de Vader.

— ¡Corre como el cobarde que eres!

El viento silbaba en sus oídos mientras caía. Aterrizó sin ningún daño en la Sala de Mapas. Se dirigió hacia las escaleras.

Tomó cada curva a máxima velocidad, recorriendo con saltos de Fuerza la mayor parte del camino. Sabía dónde ir. El corazón del edificio, el núcleo de energía. Ya no estaba operacional, pero todavía contendría bastante energía residual, si no para destruir el Holocrón Sith, sí para dañarlo. Atravesó corriendo los pasillos y encontró el conducto central que caía, él sabía, directamente hasta el núcleo de energía. Metió la mano en su túnica.

Estás desperdiciando tu única oportunidad de éxito.

Éste no es el tipo de éxito que quiero.

Las voces de la oscuridad eran un clamor dentro de él mientras sujetaba el Holocrón Sith. Lo lanzó dentro. Sintió algo rasgarse dentro de él. Fue un dolor agonizante que le hizo caer de rodillas. Respiró a través de eso, invocando la Fuerza para ayudarlo.

Sintió que se elevaba. Estaba exhausto, pero era libre. Era él mismo otra vez.

Vader surgió de la nada, alzando una mano enguantada. Ferus sintió que lo alzaban, sobre la cabeza de Vader. No podía respirar.

—Deberías saber antes de morir que tu sueño está muerto —dijo Vader—. ¿No sabes que puedo someter a cualquiera a mi voluntad?

Ferus fue lanzado contra la pared. Sintió que perdía el conocimiento.

Se alegraba, al final, de morir allí en el Templo. Con los fantasmas de sus amigos, sus mentores, su compañeros Jedi. Se volvería uno con la Fuerza en el lugar que conoció primero y lo alimentó.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Teniendo todo en cuenta, no era un mal comienzo, observó Raina. Los líderes de la resistencia todavía no habían adquirido las clases de capas de protocolo que empantanaban a los líderes de los planetas. Ellos se escuchaban realmente unos a otros. Podrían conseguir que las cosas se llevaran a cabo.

Los roshanos y los samarianos hablaban de compartir tecnología que podría resultar en un super droide que podría enfrentarse a la tecnología de armas del Imperio. El líder de Naboo tenía una sugerencia sobre cómo convencer a los políticos para que se unieran. Todos ellos discutieron ampliamente el informe de Tobin Gantor, entregado por Oryon, el cual manifestaba que el Imperio podría estar trabajando en un superarma. Los debates fueron rápidos y animados. Raina sintió de repente que Golpe Lunar podía funcionar después de todo.

Toma le había dicho que se quedase y actuase como un tipo de moderador para controlar las disputas. Pero estaba en una posición graciosa. Ella era parte de la resistencia, pero no representaba a su mundo natal. Los demás habían discutido sobre Flame —o Eve Yarrow— al principio de la reunión. Raina se sentía avergonzada, si bien ella no había tenido nada que ver con la traición de Flame, ésta provenía de Acherin.

Salió andando por el suelo rocoso. Sobre su cabeza, el cielo se oscurecía. Toma le había dicho que la tormenta se estaba intensificando. Cuando eso ocurría, a menudo el asteroide se volvía tan oscuro que no podías ver tu mano delante de la cara.

Podía ver la sombra de Toma a través del plastoide de la cúpula de comunicaciones. Fue hacia allí. El viento se estaba alzando, y no podía oír el sonido de sus pisadas. Pensó en la cena. Había esperado colocar lámparas para comer afuera pero con este viento sería imposible.

Se detuvo en el umbral, esperando que sus ojos se ajustasen a la luz. Toma estaba inclinado sobre la consola. Ella se acercó un poco más. Él no se dio la vuelta, absorbió en su trabajo.

Al principio no podía entender lo que estaba viendo. Pero había sido un piloto de primera categoría en Acherin, y sabía cómo funcionaba un radiofaro direccional.

— ¿Qué estás haciendo?

Su voz le sobresaltó. Él se dio la vuelta, con la sorpresa en su cara. Sorpresa y ansiedad. — ¡Raina! Pensaba que te había dicho que permanecieses en el recinto de la reunión.

—Contesta a mi pregunta. —La inquietud palpitaba en su interior—. Eso es un radiofaro direccional.

—Es para Ferus y ya sabes que no puede encontrarnos sin esto.

—Ese no es nuestro canal codificado.

—Raina...

—Toma, ¿qué está pasando?

Él no dijo cosa alguna.

Su voz fue un susurro de incredulidad. — ¿Eres... un traidor?

—No —dijo él ferozmente—. ¿Cómo puedo ser un traidor de algo que no existe? —se inclinó hacia adelante, escupiendo las palabras—. ¿Qué estamos haciendo aquí,

Raina? ¿Con qué nos comprometimos? Con el sueño de un hombre que una vez había sido un Jedi de niño. Nos dejó aquí durante meses para cuidar de su sueño.

—Nos ofrecimos.

—Nunca debería haber aceptado nuestra oferta. Sabía lo que significaría. ¡Mientras él estaba persiguiendo Jedi inexistentes, casi muero aquí!

— ¡Ese era el riesgo que asumiste cuando le prometiste tu apoyo! Él no pudo haber previsto tu enfermedad. Trajo más suministros tan pronto como pudo.

— ¿Y qué obtuve a cambio? El Imperio ha ganado, Raina, y tenemos que aceptarlo. Es la única manera de recuperar nuestro planeta natal. Está hecho trizas por la guerra civil.

— ¡Y el Imperio está dejando que muera!

— ¡Es nuestra culpa! Los acherinos luchan entre sí. Destruirán Acherin —no quedará nada si no actuáramos ahora. Necesitan un líder, alguien que restaure el gobierno y tome las riendas. Alguien que tendrá el apoyo que necesita para instituir las reformas, para reparar la infraestructura.

Ella se apoyó contra la mesa. —Por la luz de los ancestros, no puedo creerlo. Te han ofrecido la oportunidad de gobernar Acherin, y nos has traicionado por eso.

—Ven conmigo —le urgió Toma—. Podemos regresar a Acherin juntos. Somos viejos amigos, Raina. Los mejores amigos. Luchamos codo con codo. Juntos podemos salvar nuestro planeta natal. Eve Yarrow también regresará, y con ella podemos hacer cualquier cosa.

—Apaga ese radiofaro, Toma.

—No, no lo entiendes—

—No —dijo ella, sacando su desintegrador—, tú no lo entiendes.

—No me matarías.

—Haré cualquier cosa para proteger esta base.

Había cometido un error, vio ella, cuándo él se dio media vuelta. Ella había pensado que estaba desarmado. Él tenía un desintegrador bajo la manga.

El haz la golpeó en el corazón. Ella disparó, y él se tambaleó y cayó.

Las piernas de Raina no funcionaban correctamente. Ella estaba diciéndolas que se movieran, y ellas le estaban fallando. Trató de alcanzar el radiofaro pero todo estaba tan oscuro. Cayó hacia adelante, se sintió caer, pero fue como caer en una nube. Ya no sentía nada.

Cuando golpeó el duro suelo fue como si se hubiese lanzado a su cama de la infancia en Acherin, la que tenía los acolchados de su madre, donde había jugado por la noche en la oscuridad más profunda, fingiendo ser un piloto, fingiendo ser una reina, esperando impacientemente por crecer y hacer algo —cualquier cosa— que probara su coraje.

CAPÍTULO DIECISIETE

Fuera del Templo, Trever envió la señal de socorro, y todos respondieron. Keets, Curran, Clive y Astri, que acababan de aterrizar en Coruscant, e incluso Malory Lands. Todo lo que tuvieron que oír fue que Ferus estaba en problemas, y acudieron allí.

Encontraron a Ferus en el gran vestíbulo.

Se reunieron a su alrededor. Trever cayó de rodillas. Su incredulidad y su pena ardían en su pecho. —No —lloró.

Astri se arrodilló junto Ferus y tocó su pelo delicadamente. Puso su cabeza entre sus manos.

—Espera —Malory se inclinó sobre Ferus, tomando sus signos vitales.

—No está muerto: Todavía no, en todo caso. —Se puso manos a la obra con sus herramientas de diagnóstico—. Necesita un baño de bacta, pero tendré que tratarle aquí, por ahora.

Trever dio un paso atrás mientras Malory preparaba sus medicamentos. Ella trabajó sobre Ferus durante largos minutos mientras esperaban.

Finalmente le oyeron gemir.

Malory se apartó. —Vuelves en tí. No intentes hablar, Ferus.

—Vader...

—Se ha ido.

Ferus intentó sentarse. Malory le obligó a tumbarse. —No te muevas.

—Está de camino hacia allí... hacia el asteroide. Dijo que podría llegar a cualquiera.

—Está confuso —dijo Malory.

—No, no lo está —dijo Trever mientras se inclinaba y miraba directamente a los ojos de Ferus—. Es él mismo otra vez. ¿Qué es eso, Ferus?

—Avisadles... —Ferus se puso derecho—. Decidles que no vayan.

Trever sacudió la cabeza, sus ojos desorbitados. —Ya están allí.

—Tengo que llegar allí.

— ¡No puedes ir a ninguna parte! Necesitan una inmersión bacta completa. —Malory intentó tumbarle amablemente otra vez, pero con un sorprendente alarde de fuerza, Ferus detuvo su mano.

— ¿Qué pasa? —preguntó Trever.

Ferus miró a Clive y a Astri. —Vader dijo algo sobre despertar a un topo. ¿Recordáis? Pero Flame... era un agente activo desde el principio. Él siempre tiene un plan de reserva, ¿recordáis? Alguien de la base nos ha traicionado. Soy el único que puede detenerle. Necesito la Fuerza para detenerle.

—Pero... —dijo Trever.

—No te preocupes —le dijo Ferus—. La he recuperado de nuevo.

* * *

Trever estaba preocupado por Ferus. Su cara estaba demacrada y blanca, y parecía que estaba a punto de caerse. Había insistido en ocupar el asiento del piloto tan pronto como la nave se acercó al asteroide. Afortunadamente la rápida tormenta se había acercado al Núcleo, y lograron llegar a ella rápidamente.

—Sigue intentando contactar con Solace y Ry-Gaul en la base —dijo Ferus. Siguió consultando el rastreo de tormentas—. No me gusta el aspecto de esto —masculló.

—La tormenta interfiere con el sistema de comunicaciones, eso seguro —dijo Trever—. Espera —tengo algunos huecos por aquí. ¡Creo que tengo un canal abierto!

Apareció una holoimagen de Ry-Gaul. —Estoy aquí. La reunión está yendo bien.

—Ry-Gaul, tenemos un problema —dijo Ferus rápidamente—. Hay un topo en la base. Alguien. Y Vader está en camino. Debes evacuar a todo el mundo. ¿Me recibes?

—Recibido. La tormenta está creciendo —no sé si—

La imagen se fracturó en partículas de luz.

—Al menos te escuchó —dijo Trever—. Podrán marcharse antes de que llegue Vader.

—Eso espero —Ferus se reclinó en el asiento y cerró los ojos. Su piel estaba blanca en comparación con su pelo oscuro—. Eso espero.

* * *

Ry-Gaul, Garen, y Solace se agacharon sobre Raina y Toma. Ambos habían caído a escasos milímetros el uno del otro.

—Toma disparó —dijo Solace.

Ry-Gaul apagó el canal en el dispositivo de guía. —Toma era el topo.

—No puedo imaginar por qué lo hizo —dijo Garen—. Nunca sospeché de él, ni por un momento.

Ry-Gaul sacudió la cabeza. —No podemos saber lo cerca que está Vader.

—Sera mejor que reunamos a los demás —dijo Solace—. No hay tiempo que perder.

—Tendríamos que destruir el equipo antes de evacuar —dijo Ry-Gaul—. Podría haber datos en los ordenadores que podrían ayudar al Imperio.

Wil había ido con ellos, ansioso por ayudar. —Haré las comprobaciones previas del vuelo y prepararé todo —dijo él.

—Traeré a Lune —dijo Garen.

Ry-Gaul comenzó a colocar explosivos en el refugio. Lo volarían cuando estuvieran en el aire. Miró por la ventana de plastoide hacia la nave de Flame. Wil estaba haciendo las comprobaciones de vuelo.

Era una suerte que la nave estuviese todavía en condiciones para sacarlos de allí.

Sacarlos de allí.

Vader nunca deja cualquier cosa al azar. Siempre tiene un plan de reserva.

Ry-Gaul salió corriendo de la cúpula. Podía ver a Wil tras la ventanilla de la cabina, listo para encender los motores.

— ¡No! —gritó.

Corrió hacia la nave a toda velocidad.

La explosión le golpeó en la cara, y se sintió lanzado hacia atrás. Aterrizó en el suelo, viendo como ardía la nave. La cabina había sido destruida completamente. Saboreó el humo y el polvo.

Solace salió y le ayudó a levantarse. Permanecieron en silencio durante un momento mientras la pena llenaba sus corazones.

—Wil Asani —dijo ella—. Hemos perdido a uno de los mejores.

Los líderes de la resistencia salieron corriendo del refugio.

—¿Qué ocurre? —gritó uno de ellos. El grupo se quedó bien lejos del calor de la nave ardiente.

Solace pateó el polvo con su bota. —Vader ya no necesitaba más a Flame, así que saboté su nave. Ella se habría volado a sí misma. Muy probablemente el plan era que ella se marchara antes del ataque aéreo.

—Ya no tenemos forma de marcharnos.

—Tendremos que hacernos fuertes aquí. Tenemos algún armamento tierra—aire. Podríamos aguantar hasta que llegue Ferus.

Ry-Gaul estaba mirando fijamente hacia el cielo. —¿Recuerdas la conversación sobre el superarma en la que Tobin Gantor estaba trabajando?

—¿Crees que puede destruir un asteroide de este tamaño?

—Así es.

Solace tragó. —Si eso es cierto, no podemos decírselo.

—No. Si va a ocurrir, es mejor que no lo sepan.

Las llamas se estaban apagando. Solace miró hacia la nave. —No hay forma de que la nave vuelva a volar de nuevo —miró más de cerca—. Ry-Gaul, mira. El lado de babor no ha sufrido demasiados daños. ¿No es ahí donde está la cápsula de escape?

—Echemos un vistazo.

Ry-Gaul fue hacia allí con Solace. Garen se unió a ellos, apoyándose en el bastón con el motor repulsor que Toma había hecho para él.

—La cápsula de escapada no está dañada —dijo Ry-Gaul. Comprobó los instrumentos.

—Parece un milagro —dijo Garen—. Volará.

—Y sólo hay espacio para uno —dijo Ry-Gaul. Los tres Jedi se miraron unos a otros. Dijeron el mismo nombre al mismo tiempo.

—Lune.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Trever miró el rastreador de tormentas y tragó saliva. La tormenta era la peor que había visto nunca, y eso ya era decir algo. Se había acostumbrado a entrar y salir de la masiva tormenta, pero nunca lo había hecho con esta clase de intensidad.

Miró hacia Ferus, el cual estaba preparándose, estudiando el rastreador de tormentas fijamente. Su túnica estaba húmeda por el sudor.

— ¿Estás seguro de que puedes hacerlo? —preguntó Trever.

Ferus se volvió hacia él. Sus ojos tenían la luz que Trever recordaba, como un faro en una oscura noche aterciopelada. —La Fuerza nos prestará su ayuda —dijo él—. Intenta contactar con la base una vez más. Me gustaría saber qué vamos a encontrarnos antes de entrar.

Trever se volvió hacia la unidad de comunicaciones. Intentó contactar de nuevo con Ry-Gaul o Solace. —Está apagado.

—Entonces entramos ya. Abróchate el cinturón —Ferus activó su arnés.

Encendió los motores y entró directamente en la tormenta. Iba mucho más rápido de lo que normalmente iba. Había reconectado con la Fuerza en el Templo, y se sentía más fuerte. Su cuerpo estaba fallando, pero la Fuerza le guiaría. Él no tenía duda de ello.

La nave se estremeció cuando fue golpeada por un vórtice. Dio vueltas hasta que Ferus recobró el control. Ferus se lanzó en picado mientras un enorme asteroide pasaba a su lado. Dejó tras de sí una estela espacial que zarandeó la nave. Trever casi sale despedido de su asiento.

Los severos cambios magnéticos creaban vibrantes auroras de luz —bellas de ver pero difíciles de navegar mientras ocultaban los pequeños asteroides que giraban imprevisiblemente a través de la tormenta.

— ¡Campo de asteroides a estribor! —gritó Trever. La nave dio bandazos cuando Ferus corrigió el rumbo.

La nave se metió repentinamente en una bolsa profunda y cayó en pico. Ferus sintió la caída aterradora en su estómago pero dejó ir la nave, sabiendo que si luchaba contra ello, podría romper el transporte. Cuando sintió que la bolsa se aflojaba, volvió a poner la nave en su rumbo lentamente, girando con el vórtice hasta que encontró un hueco en la presión y salió disparado hacia el espacio.

— ¡Estrellas y planetas, Ferus! —la cara de Trever estaba blanca—. Eso estuvo cerca.

Ferus viró alrededor de un asteroide de tamaño medio. Se pegó a él durante un tiempo, permaneciendo en sus corrientes. Era bastante grande para dejar un pequeño tirón gravitacional que Ferus pudo usar para estabilizar la nave. El único truco era quedarse cerca sin estrellarse contra él. Su rumbo era errático, y giraba y daba bandazos de un lado a otro. Ferus no miraba el panel de instrumentos. Contactó con la Fuerza, dejando que le dijera lo que pasaría antes de que ocurriese.

—Ferus...

—Está bien, Trever. Podemos pegarnos durante un rato, y dejar que no lleve más cerca.

—No, delante. Pensé que era un asteroide. Pero no lo es.

Ferus tuvo que inclinarse hacia adelante y mirar con atención a través de la neblina atmosférica. A través de la luz trémula de una aurora púrpura, vio una forma oscura.

—Es un Destructor Estelar Imperial —dijo él—. Es Vader.

— ¿Un Destructor Estelar? ¿Está en un Destructor Estelar? —la voz de Trever subiendo de volumen y se agudizó—. Eso no son buenas noticias. Podría tener cientos de cazas dentro de esa cosa.

—Lo dudo. Probablemente vuela con una tripulación reducida. Pensará que no necesita tanto apoyo. No podemos dejarlo atrás. Sólo podemos que esperar que seamos capaces de vencerle allí y evacuar a los demás.

— ¡No podemos dejar atrás a un Destructor Estelar!

—No me digas que no podemos, Trever. Sólo vigila los asteroides.

Ferus se mantuvo en la cola del asteroide. Las buenas noticias eran que incluso los sistemas magnéticos de un Destructor Estelar serían inoperables. No captarían la nave de Ferus en el radar.

Su única ventaja, como Ferus vio, era que él sabía qué apariencia tenía el asteroide. Él había estado en la base secreta suficientes veces y podía distinguir el asteroide desde el espacio. Para otros, se parecería a cualquier otro. Y esperaba que Ry-Gaul hubiera desmantelado el radiofaro direccional. Vader tendría las coordenadas generales, pero no sabría el lugar exacto de la base.

De repente el asteroide cayó en picado en una bolsa de gas. Ferus lo había anticipado medio segundo antes y ya lo había compensado subiendo, alejándose del alcance del tirón gravitacional. La nave fue golpeada y meció de acá para allá pero él la mantuvo firme.

Estaban cerca. Muy por delante, Ferus podía ver la nube delatora alrededor de la base del asteroide. Comprobó la posición del Destructor Estelar. Su única esperanza era que Vader pasara de largo.

* * *

—Hay una nave en el radar —le dijo Solace a Ry-Gaul en voz baja—. Tuve una vista clara antes de que se apagase. Parece un Destructor Estelar.

Ry-Gaul asintió. Se puso en cuclillas junto a Lune.

— ¿Estás preparado?

El niño sacudió la cabeza. —No quiero dejaros.

Ry-Gaul puso sus manos sobre sus hombros. —Sabes que debes hacerlo, sin embargo, ¿verdad? Tu madre te necesita. La galaxia también te necesita. Debes crecer y estar a salvo.

Lune asintió, sus ojos grises fijos en la cara Ry-Gaul.

Garen se agachó junto a él. —Recuerda todo lo que te he enseñado. La Fuerza te protegerá.

—Confía en la Fuerza, no en tus instrumentos, para atravesar la tormenta —dijo Solace—. Una vez que hayas pasado, el ordenador de navegación estará operativo. Encuentra el espaciopuerto más cercano y aterriza. Encuentra a alguien en quien puedas confiar para ayudarte a volver a Coruscant.

Lune nunca lloraba, pero ahora su cara estaba tensa por el esfuerzo para contener las lágrimas. —No está bien abandonar a tus amigos.

—Sí, lo está —dijo Garen—. Eres nuestra esperanza, Lune. Vamos a sacarte de aquí.

—Que la Fuerza te acompañe —dijo Ry-Gaul.

—Recuerda lo que te enseñamos, y confía en ti mismo.

—Ánimo —le dijo Solace. Era extraño. Allí, en el último momento, había encontrado finalmente palabras de tranquilidad—. Sabemos que puedes hacerlo.

Lune entró en la cápsula de escape.

Los Jedi permanecieron juntos, hombro con hombro. Sobre sus cabezas los cielos estaban turbios por la densa atmósfera, nubes colisionando contra nubes, pero sabían que la tormenta estaba disminuyendo en intensidad.

—Tuvimos un buen viaje en esta vida —dijo Ry-Gaul—. Estoy listo para unirme a la Fuerza.

—La galaxia encontrará su equilibrio de nuevo —dijo Garen—. No nos necesitaremos para conseguirlo.

—Me alegro de estar aquí con vosotros —dijo Solace.

* * *

Todo había salido muy bien, pensó Darth Vader.

Ferus Olin estaba muerto. O cerca de la muerte. Lo suficientemente cerca como para morir lentamente en el suelo del Templo, sufriendo como él había sufrido en Mustafar.

Y ahora estaba en la posición perfecta para probar el primer prototipo del superarma convirtiendo el sueño de Ferus —y el comienzo de una rebelión— en polvo espacial.

No necesitaba el radiofaro direccional. Ya había establecido las coordenadas. Había presionado a aquellos científicos de Despayre para que diseñaran un programa que estimara tamaño, peso, y tirón gravitacional basado en un radiofaro direccional. Podría apuntar al asteroide sin problemas.

Y allí estaba justo delante, dando vueltas en una nube gaseosa.

—Establezcan coordenadas —le dijo Vader a la tripulación.

—Establecidas.

—Fijen blanco.

—Fijado.

—Fuego.

* * *

Trever gritó.

El haz de energía había sido enorme. Había golpeado el centro exacto del asteroide.

Un minuto estaba allí, girando delante de ellos. Entonces no hubo nada excepto escombros.

La onda expansiva de la explosión fue tan grande que golpeó la nave y la lanzó hacia atrás. La nave se sacudió y rodó. Ferus luchó por mantenerla bajo control, mientras su cerebro intentaba frenéticamente encontrar sentido a lo que acababan de ver sus ojos.

La base había desaparecido.

En alguna parte escuchó a Trever. —No, no, no, no...

Ry-Gaul.

Solace.

Garen.

Oryon.

Lune.

Los líderes de la resistencia de docenas de planetas. Sintió la pérdida de tantas vidas así como un gran dolor en su interior. La Fuerza Viva se retiró como una ola que le derribó.

Empezaron a parpadear luces rojas. Las alarmas de la cabina sonaron.

— ¡Estamos sufriendo un fallo en el sistema! —gritó Trever.

Ferus luchó por salvar la nave. Alcanzó la Fuerza. Tenía que recuperar el control porque tenía que seguir a Darth Vader. Tenía que seguirle porque tenía que detenerle, y Ferus tenía que encontrar la manera de hacerlo.

Fue como si Ry-Gaul le hablase al oído.

—Mira.

Él miró. Un pequeño arco de luz, demasiado débil para ser una estrella, una trayectoria de velocidad.

Una cápsula de escape.

—Lune —dijo Ferus sin aliento.

Luchó con la nave moribunda. La introdujo en una corriente que en cierta forma era estable. Fue como un regalo que le hicieron sus amigos.

El Destructor Estelar pasó a través de la nube de restos, alejándose para escapar de la tormenta.

Tuvo un momento de calma para considerar sus opciones. Dos opciones.

Seguir la cápsula de escape.

Seguir a Vader.

Su cólera era un camino y la esperanza era otro.

Eligió.

CAPÍTULO DIECINUEVE

La tormenta de arena había durado dos semanas enteras. Las noches eran extrañamente frías, las mañanas amargas. Sin soles para calentarlo, el frío había penetrado en la cabaña. El sonido de la arena rociando las paredes y el aullido del viento podían volverte loco si tenías predisposición a ello.

Obi-Wan Kenobi sabía que esa tormenta, como todas las cosas, pasaría lo suficientemente pronto. Hasta entonces, viviría con la arena. La arena estaba en su comida, en su ropa de cama, en su pelo.

Anakin siempre había odiado la arena. Ahora Obi-Wan sabía por qué.

No oyó cómo llamaban a la puerta por el sonido del viento pero sintió una presencia en el exterior. Obi-Wan abrió una rendija. Era Ferus, con barba ahora, una capa de arena en su pelo, sus ojos casi cerrados por la suciedad y la arena endureciéndose en sus párpados. Obi-Wan lo metió dentro y cerró la puerta.

Vio de inmediato que Ferus no podía hablar. La Fuerza Viva era débil en él. Obi-Wan le llevó hasta la cama y le dejó allí. Fue rápidamente a por suministros.

Lavó la cara de Ferus con agua caliente, apartando amablemente la arena endurecida. Continuó yendo y viniendo a la cisterna a por más agua y trapos. Le revisó buscando heridas y le administró bacta. Era obvio que había tenido una pelea. Había una contusión grande en su frente, otra en la nuca.

Pero eso no era lo que había atenuado la Fuerza en él.

Ferus le miró. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Cerró los ojos y volvió la cara hacia la pared.

Durmió durante tres días.

* * *

Ferus se despertó a la medianoche del tercer día. Obi-Wan le escuchó estirarse y bajó a la despensa, donde había una cazuela de estofado esperando. La calentó, entonces echó un poco en un tazón hecho de gruesa arcilla para mantener el contenido caliente. Echó agua de la cisterna en una jarra y lo subió todo en una pequeña bandeja.

Ferus se había incorporado en una posición sentada. Obi-Wan colocó la bandeja en su regazo. Ferus sacudió la cabeza.

—Llegaste hasta mi umbral —dijo Obi-Wan—. Debes haber querido vivir.

Ferus comió.

Cuando el tazón y la jarra estuvieron vacíos Obi-Wan los retiró. Se sentó frente a Ferus, esperando.

Las palabras salieron a raudales. Vader. Crepúsculo. Ry-Gaul, Garen, Solace —todo el mundo que había intentado salvar. Toma y traición. Flame. Un asteroide del tamaño de un planeta desapareciendo ante sus ojos. Cómo todo se había convertido en polvo. Cómo Obi-Wan le había advertido, y él había ignorado las advertencias.

Cómo toda era culpa suya.

—Sé que decir esto no es la manera Jedi —dijo Ferus, la amargura y la derrota de su voz causaron dolor a Obi-Wan—. Pero soy responsable. Estaba ciego y pensé que podría derrotar a Vader —esa era siempre mi motivación, y ese impulso destructivo me cegó ante cosas que debería haber sabido.

—Tenías un Holocrón Sith seduciéndote —dijo Obi-Wan—. No hay muchos Jedi que puedan resistir esas voces. Los más grandes entre nosotros han sido corrompidos. Pero en el momento oportuno lo reconociste.

—Era demasiado tarde.

—Salvaste a Lune. Elegiste el camino correcto. Seguiste la cápsula de escape. Le llevaste de vuelta con Astri.

—No lo entiendes. Eso no es suficiente para salvarme. No sé cómo seguir adelante. En la caverna en Illum —tuve visiones. Vi una bola de fuego que consumía a Garen. ¡Debería haberlo sabido!

—Las vistas no eran del futuro, sino de tus propios miedos.

—Vi a Siri y ella me advirtió. Dijo que no había perdido mi arrogancia. ¡Que sólo pensaba que había cambiado!

—Tus propios miedos de nuevo.

—Pero Obi-Wan —la voz de Ferus estaba ronca, sus ojos poseídos—. Lo que vi era cierto.

—Esas cosas no ocurrieron por tus fracasos, Ferus. Ocurrieron porque alguien las hizo. Darth Vader es responsable de esas muertes. No tú. Él es el que trazó el plan para matar. Él es el que destruyó ese asteroide.

Obi-Wan se quedó sentado en silencio con Ferus durante largos minutos. Recordó su propia amargura, su vergüenza y su desesperación. ¿Qué le había salvado? ¿Cómo podía salvar él a Ferus?

—El perdón no es una sensación —dijo Obi-Wan finalmente—. Es una decisión que deber tomar por ti mismo todos los días. Todos los días, lucharán por encontrar un momento de paz.

—Ese es un viaje que no me siento inclinado a tomar —Ferus se recostó, exhausto—. Todo el mundo que amo está muerto.

—No todo el mundo.

Ferus pensó en Trever. —No. No todo el mundo.

—Un día encontrarás la paz, Ferus —dijo Obi-Wan—. Hasta entonces te daré lo único que puedo darte.

Ferus abrió los ojos. La mirada de Obi-Wan era amable. Obi-Wan había atravesado su propia desesperación. Conocía la manera. —¿El qué?

Él había esperado apacible sabiduría, o tal vez una lección Jedi. En lugar de eso, Obi-Wan habló con voz enérgica y práctica.

—Un trabajo.

CAPÍTULO VEINTE

Todo estaba listo para su partida. Su nave tenía combustible y esperaba en el hangar cercano al Distrito Naranja. Keets y Curran habían venido a despedirse. Dex estaba con ellos, de nuevo en su silla repulsora. Había perdido peso durante su enfermedad y tenía la mitad de tamaño que solía tener.

—Dondequiera que vayas, espero que estés a salvo y bien, amigo mío —dijo Dex. Le palmeó la espalda con los cuatro brazos.

—Si nos necesitan, allí estaremos —dijo Keets.

—Vamos a descender cien niveles —dijo Curran—. Encontramos un barrio como el Distrito Naranja.

—Pero no es Naranja —dijo Keets—. Nunca me gustó el color, de todas formas. Encontramos una colonia de Borrados. Se establecieron en un campo abandonado de cisternas gigantescas, las que solían abastecer el agua a Ciudad Galáctica. Las llenaron de agua. Es como vivir de un mundo acuático. Vamos a vivir de una casa—barca. No está mal.

—No les olvidaremos —dijo Curran—. Solace, Ry-Gaul, Oryon, Garen, Raina. Héroes todos.

—Estaremos preparados para luchar cuando llegue el momento —dijo Keets.

Dex se inclinó hacia adelante para hablar con Ferus un momento. —Nunca he creído en darle vueltas al pasado, ya sabes. Lo hiciste lo mejor que se podía, y eso es siempre bastante bueno. Veremos más pérdidas antes de que hayamos terminado. Fueron todos grandes héroes, pero se alzarán más para tomar sus lugares.

Los svivreni nunca se despedían. Con pesar en sus ojos, Curran le dedicó el adiós tradicional de su mundo natal. —El viaje empieza, así que adelante.

Curran, Keets, y Dex subieron de nuevo a su maltrecho aerodeslizador. Ferus les observó hasta que el vehículo se mezcló con el tráfico espacial y ya no pudo distinguirlo.

Se dio media vuelta y comenzó a caminar. Tenía que hacer una cosa más y era la cosa más difícil de todas.

* * *

Trever estaba sentado esperando con Malory Lands. Sólo podían usar la clínica durante veinte minutos; Malory lo había arreglado.

Los pasos de Ferus vacilaron. Entre todas las cosas que había tenido que hacer durante los pasados meses, ésta parecía la más imposible.

Él y Obi—Wan lo había discutido. Trever había estado con ellos desde el principio. Había oído que Vader era un Lord Sith. Sabía que el Emperador era un Sith. Ese conocimiento podría ponerle en peligro.

Ferus tenía una forma de protegerle.

Malory le llevó aparte. —He estado trabajando en la fórmula desde que me la diste. Puedo seleccionar con bastante precisión los recuerdos de Trever.

—Quiero que recuerde a sus padres. Su infancia —dijo Ferus.

—Lo hará. Pero... —Malory vaciló—. ¿Entiendes, verdad, que si elimino el último año... podría no recordarte? Sus recuerdos estarán llenos de lagunas a partir de la muerte de su padre y de su hermano. Se intersectará con el momento en el que os conoció a ti y a Roan.

Sintió como si un gran dolor le desgarrara. Quitar a Roan de otra memoria parecía como otra muerte.

Y también perdería a Trever.

Ferus tragó. —Lo sé.

—Se lo he explicado todo a Trever. Está esperando para hablar contigo.

Ferus se acercó al niño. Se sentó junto a él en la mesa de examinación.

—Supongo que ésta es la despedida —dijo Trever—. Tal vez. Sabes, lo peor es que no recordaré el gran héroe que fui. Nunca pensé que podría ser un héroe.

—Tendrás tu oportunidad de volver a ser un héroe. Yo siempre te recordaré como uno.

—Fui bastante asombroso, es cierto.

Malory se colocó detrás de ellos. —Es la hora. El procedimiento llevará al menos veinte minutos, así que...

—Esperaré en el hangar.

Ferus y Trever se bajaron de la mesa. Ferus se volvió hacia Trever y le abrazó.

—Mentí antes —la voz de Trever sonaba amortiguada—. La peor parte será olvidarte.

Había habido veces durante los días pasados en las que Ferus se había preguntado si todavía tenía un corazón. Ahora sabía que sí. Se sintió cegado por su dolor.

—Eres mi mejor amigo —dijo Ferus—, eso nunca cambiará.

Dio un paso atrás. Miró a Trever queriendo recordar el afecto en la mirada del niño. Abrió la puerta de la clínica y se marchó.

— ¡No me olvides! —gritó Trever.

Ferus vaciló; entonces salió dejando que la puerta se cerrara suavemente detrás de él.

* * *

Vader estaba junto a Lord Sidious en las habitaciones privadas de su Maestro encima de su oficina. Su sesión informativa había sido breve y satisfactoria. Crepúsculo había sido un éxito. El movimiento de resistencia estaba muerto. La prueba preliminar del superarma había probado que un día funcionaría como esperaban.

Ferus Olin estaba muerto. O desaparecido. No tenía importancia.

Él lo había hecho todo, todo lo que su Maestro quería, y más.

—El éxito de la primera fase del superarma me complace —dijo Lord Sidious—. Lo que no me complace es que fallaste mi prueba.

Vader estaba sorprendido. —No lo entiendo, Maestro. Aniquilé la resistencia. Destruí a Ferus Olin. Él no era nuestro aliado, era nuestro enemigo.

—Por supuesto que era nuestro enemigo —dijo Lord Sidious—. Y por supuesto yo quería que le destruyeras. Esa no era tu prueba.

—Mi prueba...

—Peleaste contra él con emoción. Al igual que tu forma de presionar a Zan Arbor para que creara ese agente de memoria. Sí, lo sé, lo desesperadamente que lo querías. Había esperado más de ti, mi aprendiz. Esperaba que dejaras atrás a Anakin Skywalker. Por tus acciones me has mostrado que Anakin no está muerto. Hasta que esté muerto, Lord Vader no puede alzarse verdaderamente.

Una reprimenda en lugar de la alabanza. En lugar de una recompensa, una advertencia.

—Tú la mataste y fue bueno, te trajo a mí.

“Tú la mataste y fue bueno”. Vader estaba aturdido por la pena y la cólera que bullían dentro de él ante las palabras de su Maestro. Podría haber derribado a su Maestro fácilmente.

Lord Sidious sonrió. —¿Lo ves? —le ridiculizó.

Su Maestro estaba en lo cierto. Anakin no estaba muerto. Si Anakin estuviera verdaderamente muerto, él no se sentiría tan desesperado.

—Debes aceptar esto —todos los pasos son necesarios cuando el resultado es éste. —Lord Sidious alzó un brazo y señaló Coruscant brillando intensamente a su alrededor, las estrellas y los ardiendo sobre ellos—. La galaxia está a nuestro alcance —habló con voz áspera.

—Eliminaré a Anakin, Maestro. Y... a ella. —Obligaría a su mente a hacerlo. Desterraría a Padmé sin una droga. Lo haría con su cólera sino con su voluntad.

Con todo lo que había hecho, con todo lo que llevaba a sus espaldas, dónde más podía ir, qué más podía hacer, si no esto.

Se inclinó mostrando su obediencia.

La pálida mirada de su Maestro viajó más allá de él a través del oscuro cielo nocturno. —Ocúpate de que así sea. Porque hasta ese día, no importa lo útil que seas para mí, serás un fracaso.

* * *

Astri y Clive llegaron en la nave que Dex les había proporcionado. —Hicimos los preparativos para conseguir una casa en Bellazura —le dijo Astri a Ferus—. Está junto a la playa, así que se puede ver el agua. Tiene un jardín. Tenemos documentos de identificación, y créditos... —su voz se desvaneció—. Le criaremos con Lune. Tendrá un hermano otra vez. Y padres... Nos encargaremos de él.

—Sé que tendrá la mejor vida posible —dijo Ferus.

—¿Incluso conmigo como un padre? —intentó bromear Clive.

—Bien, excepto por esa parte —dijo Ferus.

Astri pasó un brazo alrededor de Clive. —Él será a un gran padre, sólo que aún no lo sabe.

—Malory está diciéndole que sufrió un accidente —dijo Clive—. Que borró partes de su memoria, incluido el hecho de que le adoptamos. Ella dice que no nos recordará, pero que con contacto constante podría asociarnos con buenos sentimientos de su pasado.

Ferus asintió.

Un aerodeslizador se acercó y aterrizó. Trever bajó de un salto, mirando a su alrededor como si no hubiera visto antes el hangar. Malory miró a través del hangar a Ferus y asintió. El experimento había tenido éxito.

Ferus observó a Trever cruzar el hangar. Sintió que se quedaba sin aliento. El paso de Trever era diferente. Se había olvidado de que Trever había sido una persona diferente seis meses antes. Había sido un ladrón callejero. Durante su tiempo con Ferus, Trever había perdido esa arrogancia, esa actitud defensiva. Ahora estaba todo allí en su forma de caminar.

Recupera tu paso de héroe, Trever.

Algo faltaba en los ojos de Trever, también. Todo ese pesar. No recordaba a Garen, o a Ry-Gaul, o a Solace. No recordaba ver el asteroide destruido ante sus ojos. Eso era algo, al menos. Le habían ahorrado ese recuerdo.

La mirada de Trever pasó sobre él como si fuese un desconocido.

Malory le presentó a Clive y a Astri. Lune bajó corriendo por la rampa de la nave y se apresuró hacia Trever, gritando su nombre. Trever parecía sorprendido.

—Supongo que sois mi nueva familia —dijo Trever—, no parecéis tan malos.

—Y éste es Ferus Olin —dijo Malory—. Es de tu planeta natal.

Trever se volvió hacia él —Encantado de conocerte.

Ferus no podía hablar.

— ¿Vamos a continuar esta función en el viaje? —preguntó Trever—. No puedo recordar trozos de mi vieja vida, así que estoy un poco ansioso por empezar la nueva.

Ferus se aclaró la voz. —Adiós.

— ¡Nos vemos! Hey, guau, ¿ese es nuestro crucero? ¡Dulce! —Trever se apresuró hacia la nave de Astri y Clive. — ¡Vamos, niño! —llamó a Lune.

Lune vaciló antes de darse media vuelta. —Que la Fuerza te acompañe —le dijo a Ferus.

—Que la Fuerza te acompañe, Lune. Habrías sido un buen Jedi. Encárgate de Trever. Simplemente no dejes que lo sepa.

Lune sonrió y se fue corriendo.

—No voy a decir adiós —dijo Clive—. Tengo la sensación de que te veré otra vez. Tienes la molesta manía de aparecer de pronto cuando menos me lo espero.

—Nunca se sabe —dijo Ferus.

Abrazó a Astri y después a Clive. Malory se subió a su crucero. Después de administrar el agente de memoria a Trever, lo había destruido. Era demasiado peligroso que siquiera activo mientras el Imperio controlaba la galaxia.

Observó alzarse la nave de Malory y unirse al tráfico espacial. La nave de Astri la siguió.

En su corazón, les deseó largas vidas y tanta paz como pudiesen encontrar.

Nunca volvería a verlos.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Las praderas de Alderaan eran vastas y bellas. Ferus vivía en el borde de la gran tierra salvaje que yació al otro lado del mar de Aldera. Lo suficientemente cerca de la ciudad, pero sin ser parte de ella.

Bail le había encontrado una casa situada en un pequeño valle. No tenía vecinos cercanos. Su historia de cobertura era que era un botánico, dedicándose a un gran trabajo sobre las praderas de Alderaan.

Su auténtico trabajo era proteger a la Princesa Leia.

No estaba allí como guardaespaldas, sino como medida preventiva. Igual que Obi-Wan vigilaba a Luke, desde lejos, él estaría allí si Leia le necesitaba. Ella nunca le conocería, pero él siempre estaría allí.

Se aseguraría de que no se le acercara ningún peligro ella. La hija de Anakin Skywalker y Padmé Amidala siempre estaría a salvo.

Ferus estaba de pie ante la puerta de su pequeña morada. El sol le daba en la cara y el viento agitaba su pelo, pero él no los sentía. En su lugar sólo sentía los recuerdos de todas las vidas que habían tocado la suya, y las personas que había amado. Trever vivió en él, y Roan. Los Jedi junto a los que había luchado. Los héroes que había conocido.

Obi-Wan le había dicho que confiara en que una rebelión se alzaría. Llevaría años, pero llegaría. Las palabras de Dex le habían reconfortado. En su mente, Ferus vio a Garen, Solace, y Ry-Gaul, pero también vio a los nuevos héroes detrás de ellos, adelantándose para ocupar sus lugares.

Obi-Wan estaba en lo cierto acerca del perdón. Ferus podía sentir que ganaba un poco más cada día. Incluso había perdonado a Anakin, ¿pues no se había acercado él a la línea que Anakin había cruzado? Debajo de su túnica había una cicatriz roja —una marca para recordarle que había tocado el Lado Oscuro de la Fuerza.

Tal vez esa cicatriz le recordaría la necesidad de la compasión. Y un día podría dirigirla hacia sí mismo.

Obi-Wan había compartido algunas de las palabras de Qui-Gon Jinn con él antes de que se marchara de Tatooine.

—Una conexión con la Fuerza es un regalo que honramos no sólo en nuestros corazones, si no en nuestras elecciones—, fue su primera enseñanza.

—Tomaste la decisión de vivir —le había dicho Obi-Wan—. Ahora vive con honor.

Su mirada se dirigió hacia la ciudad de Aldera. Éste era su nuevo hogar. Ferus sabía en sus huesos que no dejaría este planeta con vida. Estas praderas acogerían su espíritu algún día.

Allí viviría, hasta el día que se uniese a la Fuerza y a sus amigos, y a Roan, por fin. Hasta entonces cambiaría la vida que había tenido por esa. Le diría adiós a todo lo que había conocido.

El viaje comienza, se dijo a sí mismo. Así que adelante.